



U. N. M. S. M.
BIBLIOTECA CENTRAL
HEMEROTECA
FONDO ANTIGUO

el Caballo rojo

Suplemento dominical
de El Diario de Marka

Lima, 11/4/1982 N° 100 Año II

Dirección : Antonio Cisneros
Edición : Luis Valera
Redacción : Rosalba Oxandabarat
 : Marco Martos
Diagramación : Lorenzo Osores
Arte : Marcos Emilio Huamaní
Fotografía : Beatriz Suárez
Corrección : Mito Tumi
Coordinación : Charo Cisneros
Impresión : EPENSA





Y patatín, patatán, como quien no quiere la cosa, llegamos en esta Pascua de Resurrección al caballito número 100. Si parece mentira. De domingo a domingo, ya hace casi un par de años, cual honrado cartero de leyenda (bajo la lluvia, la nieve, el granizo, las tormentas de arena, el sol abrasador, el cielo azul o negro, el aire gentil de primavera, el otoño frondoso, las piedras, los lobos, la neblina), jamás este caballo ha dejado de salir. Un caballo rojo, cojo, flojo, ágil, galopante, cauto, lerdoso, veloz, como la vida misma.

Desde el viejo sueño hasta la fecha, mal que bien, nos hemos acercado a la promesa de nuestro primer día: ser una biblioteca para los pobres.

Hace algunos meses fui invitado a Chiclayo por unas charlas sobre literatura. A la hora final del inevitable, y saludable, debate, se paró un muchacho insultante y hostil. Claro que la cosa no era conmigo, era en

general contra todos los poetas del Perú, vivos o muertos. Más aún, contra todos los poetas del hemisferio y, en suma, del planeta. En verdad, en verdad, la cosa era mostrar al auditorio, nutrido y vario, cuál debería ser la auténtica poesía contemporánea. Que, por azar, él guardaba como un gran legajo doblado en su bolsillo. Y se mandó a leer.

Cuando ya bordeaba, peligroso, el primer cuarto de hora (y aquel legajo estaba demasiado de agotarse), lentamente se puso de pie un hombre recio, quemado por el sol, en los comienzos de su cincuentena. Alzó la voz y dijo: "Un momento, jovencito, pero otra diligencia nos ha reunido aquí. Yo no sé si sus versos son buenos, aunque creo que no, por la cara que ponen los demás asistentes. Tampoco me constan las excelencias poéticas del autor invitado. Yo soy un obrero de Cayaltí, hijo y padre de cañeros. Yo sólo sé que el poeta venido de Lima, es el



director de *El Caballo Rojo*."

Y alzando el brazo, me miró: "Compañero Cisne-

ros, yo quiero agradecerle por ese maravilloso regalo de todos los domingos. Su suplemento es la biblioteca de mis hijos y será la de mis nietos porque lo colecciono. Gracias por esa biblioteca de los que no tenemos plata para comprar libros, por esa biblioteca de los pobres. Y le ruego, de paso, que me salude a la señorita Rosalba, a quien la leo y no tengo el gusto de conocerla en persona. Salúdeme, también, a ese chico Víctor Hurtado, a quien tampoco tengo el gusto de conocer personalmente. Y a todos los otros compañeros que trabajan en *El Caballo Rojo*."

No es vanidad lo que me lleva a citar la intervención (grabada) del cañero de Cayaltí. Es la alegría, la legítima fiesta pascual de nuestro caballito centenario. Así celebro al grupo que concibe y trabaja el suplemento, semana a semana, en las más duras condiciones periodísticas del Perú (lo que no es queja o secreto, pues es verdad

sabida que chambeamos en un diario de pobres). Así celebro a los sabios y honrados colaboradores que, contra el canto de sapo o de sirena, han elegido la huella del caballo.

Así celebro a los 300 mil lectores que han hecho suyo este suplemento, tan difícil de hincarle el diente en los comienzos (sin calatas, sin colores, sin consignas, sin Tarzán). Todos hemos aprendido en el camino, ustedes y nosotros.

Fueron sus inacabables cartas solidarias las que salvaron la cabeza de Raymond Chandler cuando una vez (un gato) ciertos compañeros de la cúpula metieron esa pata del dogmatismo y la solemnidad. Es su favor, en los kioscos y semáforos del domingo, el que nos mantiene a flote contra los achacosos argumentos de elitismo y suplemento no rentable. Si parece mentira que hayamos llegado a las 100 ediciones. No nos queda más que mejorar (y mucho), buena gente. Muchas gracias de todo corazón. (Antonio Cisneros).

El trotar de las ratas



José María Salcedo

Contar esta historia me va a traer algún problema, tal vez. Bueno, en realidad no es tanto una historia como una impresión, una sensación, es decir eso. A quien mejor le he escuchado decir lo que quiero decir es a una jovencita barranquina. La cosa fue así: todos estábamos esperando para pedir el pan con lechón o pavo, esas son las dos únicas posibilidades. El tipo del mostrador, atreadísimo, miró a la jovencita barranquina y le dijo ¿sí? Y entonces ella como que se pasmó, lo miró con susto y le respondió: déme un sanguiche de... o sea... o sea... déme o sea. ¿De pavo o de lechón?, le replicaron. Y entonces ella como que se decidió y —aunque siguió con los ojos asustados— repuso: o sea... sí. Pero no nos desviemos. Lo que escribo a continuación está como sugerido por Luis Peirano que también es de mi promoción

del colegio.

También es de mi promoción. El banderín de mi promoción —una gran promoción— tenía la inscripción "rumbo a los luceros", una cosa muy española —muy "Mamá cumple cien años", por decir algo de actualidad— unos años después del primer satélite artificial. Todo esto, en 1963. Ya hablaremos más del colegio en otra oportunidad. Ahora, un poco nada más.

Lo que sucede es que me ha venido como una rafaga de promoción y escolaridad apasionada hoy lunes que escribo estos no versos.

Sí, sí voy a explicar el motivo. Va.

En dos revistas de lunes han salido dos de mis compañeros de promoción. Compleja mi promoción, interesante. En una de las revistas aparece mi compañero de promoción que es secretario del señor presidente de

la república. En la otra, mi compañero de promoción que, según la revista, es el número dos de Sendero Luminoso. Los dos, mis compañeros de promoción.

Ahora no quiero hacer la cosa fácil, manida y barata tipo "vidas paralelas", o la novela tipo "Dios los junta y ellos se separan", temas ambos para los que daría la situación. Tampoco quiero hacer de esto un resumen de un capítulo de la lucha de clases, tema árido, además, por tratarse de dos de mis compañeros de clase, y dénele ustedes a esta última palabra "clase" la acepción que les dé la gana, porque ello me tiene sin cuidado. Salvo que en este país pasen cosas muy especiales, considero algo menos que probable que los tres podamos volver a reunirnos en algún nuevo almuerzo o comida de promoción. Ahora ustedes, agudos lectores, se en-

contran en capacidad de darme un golpe bajo y decirme algo así como: "pero es más probable que tú sí puedas volver a almorzar con el secretario del presidente de la república que con el otro". ¿Qué quieren que les diga, maliciosos lectores? ¿Touché? Sí, tal vez touché. Pero tampoco me confundan, por favor, en este caso, con la barranquina desconcertada que al final no tuvo ni pavo ni lechón, sino solamente el "o sea", que es como la náusea sartreana, pero en Lima, Perú.

¿Qué pasó con mi promoción? Todo esto es muy nostálgico, comprendo, pero no tiene nada de apenado o tristón. Simplemente, pasó que así es la vida y así es el Perú.

Jugábamos en el mismo patio, corríamos hacia la misma hora del recreo, hacíamos barra por los mismos colores y batíamos

varios récords como corresponde a toda promoción que se estime. Y la nuestra, francamente, se estimaba un montón. Señores ¡qué promoción!

Como a ti tengo más probabilidades de verte, señor secretario del presidente de la república, vas a permitir que esta vez le mande un saludo al otro que donde estará. Además —disculpa que meta la política— como sabes, soy de oposición.

Sospecho que escribo todo esto ahora que de nuevo comienzan los colegios y el Jueves Santo se nos viene encima. Pero este artículo sale el Domingo de Gloria que es, además, el domingo del número cien de *El Caballo Rojo*. O sea que todos son más o menos aniversarios y los aniversarios son así.



Entre los muchos defectos de "El Diario" no figura el haber ocultado la orfandad expresiva de la izquierda peruana. En cuanto al lenguaje, salvo aquellas excepciones que permiten la regla, columnas, editoriales y colaboraciones de este periódico han exhibido limitaciones patéticas.

Conviene precisar. No me refiero a la nota periodística anónima, que admite otro tipo de censuras, sino al gran número de notas firmadas por intelectuales y líderes de izquierda, más o menos conocidos, más o menos responsables. Aunque no soy intelectual, líder ni responsable, quisiera tener el derecho de incluirme en estas críticas.

El nuestro es un estilo militar. Entramos en el lenguaje como en territorio enemigo y libramos con las palabras una victoriosa guerra de desgaste.

Nosotros hemos descubierto que este Gobierno entreguista sólo puede ser antipopular, que su nefasta política económica únicamente ha de ser hambreadora, y que los señores Ulloa-Kuczynski forman un apellido compuesto. Si no fuera por nosotros, la clase obrera, las masas populares y los sectores democráticos y progresistas jamás hubieran notado que las políticas se implementan y que los mercados se aberturan.

Sólo nosotros hemos sabido percibir la vocación estibadora de este pueblo en cuyos hombros se descarga todo el peso de la crisis económica.

Analizando, escribiendo y publicando, hemos estado logrando que esté siendo patente toda la gama del gris que está brindando la repetición infinita de gerundios, no siendo éste nuestro menor éxito, dejando otros de mencionar.

Hemos descubierto que publicar artículos es una forma impune de prolongar la jornada de trabajo de la gente.

Frases larguísimas, a veces más extensas que sus respectivos párrafos; puntuación bohemia; aranceles populares para todos los extranjerismos inútiles; barbarismos gozosos; monotonía y cansancio. Si el Perú se pareciera a nuestra explicación del Perú, éste sería el país más aburrido del mundo.

MENSAJES IMPOLITICOS

César Lévano (el último

La izquierda y sus frenillos de lengua El no placer de leer

Víctor Hurtado

Dejé de leer libros de sociología cuando la buena literatura atrofó mi mal gusto natural. Fue una liberación que lamento. Aunque antaño quizá fue rara, hoy, los "análisis de coyuntura" de "El Diario de Marka" han hecho de ese proceso de liberación, un fenómeno en el cual participan las grandes masas populares. ¿Por qué escribimos tan mal la gente de izquierda? ¿Por qué, realmente, pocos leen nuestros artículos más laboriosos? La respuesta está en nosotros mismos, y no en nuestros disciplinados lectores.



peruano que ha sabido mantener la indócil alianza del periodismo y la belleza) suele hablar del esmero con el cual los anarcosindicalistas asumían la difusión escrita de sus ideas, en pobres hojas.

Es una reflexión que atañe igualmente al periodismo peruano de los comienzos del siglo, cuando era, tal vez, el único "suburbio de la literatura" que aún place visitar. Basadre recuerda "ese momento admirable para el periodismo limeño como fue la época iniciada en 1903, con la aparición de 'La Prensa', época que tuvo quizá su etapa culminante entre 1915 y 1919. Fue ése un periodismo extraordinario, y da pena confrontar las páginas no sólo de las revistas, sino también de los diarios de aquella época, con el periodismo diario de épocas posteriores. Y dentro de esa abundancia de buenos escritores que a la vez eran magníficos periodistas, Mariátegui se destaca rápidamente" (*Conversaciones con Pablo Macera*).

Hemos perdido la dimensión de lo hermoso que puede enarbolar también un mensaje político. Cuando escribimos, Mariátegui no está con nosotros: no hemos conquistado el pan, y

ya hemos renunciado a la belleza.

Veneramos —tal vez por vocación coral— al Mariátegui de los 7 *Ensayos*, pero ignoramos por completo al de *Cartas de Italia*. Sin embargo, cuando el Perú ya no se pareciera más al de los 7 *Ensayos*, este libro pasará a ser, como lo es, un portento de la voluntad de un hombre y un ejemplo del método dialéctico, pero también asumirá la gravedad de un documento histórico. Creo, en cambio, que las *Cartas de Italia* o *El alma matinal* seguirán viviendo, frescos en su belleza, no atados más al peso del tiempo.

Contrariamente, y sin quererlo, matamos el placer de leer, y lo sustituimos por la obligación de enterarse. Hacemos de la lectura de las notas políticas, una de las tareas más arduas que impone el capital sobre el trabajador. Y el mundo de éste suele ser demasiado feo como para que le agreguemos alguna de nuestras colaboraciones más indispensables.

Un mensaje político mal escrito no es político, porque no llega. Lo eluden muchos de aquellos que deberían recibirlo; y quienes lo leen, lo hacen con tamañas resistencias sico-

lógicas que a veces anulaban totalmente el mensaje. ¿Para quiénes, definitivamente, estamos escribiendo? ¿Para el hombre cuya ingestión de proteínas es tan baja, que tiene deshechas sus capacidades de concentración y de memoria? No. Estaríamos hablando con nosotros mismos si no nos acompañaran tantos colegas en el mismo coro.

No pienso que el desaliño y el gris de nuestros estilos sean reflejos de una concepción elitista de la política (creo que esta concepción, para existir, no necesita del mal gusto). Se deben, más bien, a nuestra concentración de deficiencias y descuidos; al hecho de que, literariamente, queremos a nuestros lectores como a nosotros mismos.

UN EJERCICIO DE UNIDAD

Al lado de las pobres dimensiones estética y política de nuestros escritos, fracasamos también en la dimensión ética del mensaje.

El marxismo es una respuesta a la fragmentación del hombre. En sus primeras obras, tan olvidadas, Marx habló mucho de la alienación humana. Despo-

jado como está del producto de su trabajo, el hombre se enajena a las cosas y a otros hombres. La revolución es, en consecuencia, la devolución de su unidad al hombre. El vuelve, entonces, a ser uno con sus productos y consigo mismo, para poder ser miembro de una sociedad de hombres igualmente libres.

Con el lenguaje ocurre algo parecido. Todo lenguaje comunica, básicamente, ideas y emociones. Supongamos que en nuestros artículos comunicamos ideas; pero, con toda seguridad, no transmitimos emociones. No me refiero a los lenguajes científicos, esos caos de teoremas o de cuadros estadísticos. Hablo de un lenguaje para la política, que sólo puede existir y llegar si demuestra que está vivo en la dimensión emotiva del hombre.

Un lenguaje político que es incapaz de suscitar amor, odio, placer estético, alegría, respeto o desprecio, es un lenguaje a medias, un silencio congelado.

¿Cómo podemos restituir la unidad del hombre, si lo privamos del sentido fáustico de su lenguaje? Cada vez que nos negamos a la emoción a través de la palabra, estamos negándonos a la vida, y proclamamos que nuestra utopía está muerta. Si nuestro mensaje político no sabe apasionar, merecemos ser el camarada comisario que permite que la revolución sea la fiesta de los oprimidos, pero sólo hasta las once de la noche.

Restituiremos la unidad del lenguaje político cuando la idea pueda encontrarse y convivir con todas las emociones. Este es, a fin de cuentas, un problema ético, pues demuestra cuán profundamente nos comprometemos con la tarea revolucionaria de abolir la alienación humana.

No sé de qué forma, exactamente, deberíamos escribir. Careceremos siempre de recetas absolutas. Tampoco sé qué es "escribir bien" —aquí ha ido la prueba—; sólo sé que, para la izquierda peruana, escribir bien es un acto de expropiación contra los dueños de la opinión pública y de la cultura. Es una prueba de que también nosotros, el pueblo, podemos crear verdad y belleza con la palabra. Y es una de las poquísimas cosas que valen cualquier esfuerzo.

Persistía una corriente ortodoxa, erosionada por el impacto de la revolución cubana, aunque, a diferencia de otros países, aquí el maoísmo había alcanzado una dimensión inusual en Latinoamérica, con la sola excepción de Colombia. De este horizonte, heterogéneo y múltiple, estaba completamente excluida la opción socialdemócrata: en cierta manera, el camino de cualquier izquierdista en el Perú de los años 60 comenzaba por una ruptura con el aprismo, por una militancia negativa, por un "anti", sin considerar que todos ellos, fervorosos lectores de Lenin, admitían la bancarrota total del reformismo. La sociedad peruana, con una oligarquía que había conseguido encantar al APRA, parecía bloquear cualquier posibilidad intermedia: los fracasos de la Democracia Cristiana y del Social Progresismo servían de ilustración a esta tesis extrema.

La izquierda peruana, a pesar del provincialismo de los intelectuales que la integraban (pocos habían salido fuera del país, la mayoría únicamente tenía acceso a textos en español), se ubicó en un terreno cosmopolita. Así como en la historia demográfica el Perú ha sido una especie de "lugar de encuentro" de diversas corrientes migratorias (europeas, africanas y asiáticas), parecía igualmente factible confluir distintas experiencias revolucionarias.

1965 puede consignarse como la fecha de nacimiento de la "nueva izquierda". El Partido Comunista comenzaba a fragmentarse desde el año anterior como eco de la polémica chino-soviética, mientras se desencadenaban las guerrillas. En la práctica queda planteada con nitidez una vía alternativa a la "convivencia" apista y al reformismo rutinario del comunismo oficial, intento de retomar la insurrección popular derrotada en 1932. Pero aunque el curso de las guerrillas será más bien efímero, ese mismo año, quienes consideran prematuro el uso de las armas, deciden fundar un nuevo partido político: Vanguardia Revolucionaria. Con sus logros y fracasos, el derrotero de esta organización —excluyendo por el momento referencias a otras como el MRS o el MIR— permite dibujar un cierto perfil

La nueva izquierda: sin faros ni mapas

Alberto Flores Galindo

Hasta el año 1946, izquierda y Partido Comunista eran sinónimos. El monopolio se resquebrajó con la aparición del trotskismo¹ y terminó liquidado veinte años después, cuando el Perú se convierte en campo de ensayo de las más diversas teorías revolucionarias.



Afiche de mayo 68.

de la nueva izquierda.

II

En la historia de las religiones, es usual el empleo del término "sincretismo" para denominar aquellos intentos por amalgamar diversas corrientes religiosas, uniéndolo a veces dogma y herejía. Este fue dentro del marxismo peruano el caso de Vanguardia². Dejando a un lado el hegemonismo y un cierto afán mesiánico evocado por el nombre, entre el rojo y el negro sus publicaciones preferían el color verde, aunque sin la intensidad del "verde olivo" castrista. Con esa tonalidad se editaron sus primeros estatutos y un original programa que pre-

tendía fusionar el "desarrollo desigual y combinado" de Trotsky, con la relevancia al campesinado de Mao y las tesis revolucionarias del "foquismo" cubano. Los autores de esta peculiar criatura quizá pensaban que el problema de la revolución era recoger los mejores aportes que fluían de un marxismo imaginado como una corriente unívoca y universal. En la aparición de Vanguardia, al parecer, los acontecimientos mundiales —XX Congreso del P.C. de la URSS, revolución china, triunfo de Fidel— fueron más gravitantes para personajes que provenían de las capas medias urbanas y de los ambientes universitarios, que los movimientos campesinos

o la descomposición de la feudalidad andina. El 65 Hugo Blanco estaba siendo procesado en Tacna y el movimiento comunal del Centro parecía apenas un efímero fenómeno regional. Quienes ingresaban a VR, más que por la historia de los movimientos campesinos recientes, se preocupaban por la larga marcha maoísta o las hazañas de los doce sobrevivientes del Gramma. Desde 1967 la imagen del che Guevara presidirá todos los actos públicos y hasta en el campus de la Universidad Católica destacaba, sobre un panel verde, su inconfundible perfil.

Pero el sincretismo no podía tener larga vida. A medida que se profundizó en

el conocimiento del marxismo, fueron saltando de manera evidente las contradicciones y comenzaron a repetirse, en el marco de las células clandestinas, las polémicas que en el pasado y en otras latitudes habían escindido al movimiento comunista: revolución nacional o socialista, centralismo partidario o espontaneísmo, foquismo, insurrección o guerra popular. VR terminaría dividiéndose por lo menos en tres grandes corrientes y en más de doce organizaciones. Era una izquierda que a las influencias anteriores había sumado la lectura de Louis Althusser y sus seguidores, entre los que figuraban Nicos Poulanzas y especialmente una divulgadora, la socióloga Martha Hamecker. Esta última, autora de un libro decisivo que fue al althusserianismo lo que el credo a los evangelios: *Conceptos elementales de materialismo histórico*. Más de treinta ediciones hasta 1976, sólo en Siglo XXI, sin olvidar otras ediciones clandestinas como la que hizo una imprenta de La Victoria, "Amier Hnos. de París". Fue el Konstantinov o el Pulitzer de esta generación, con la diferencia que parecía un instrumento de uso más accesible: el marxismo era una teoría, dominar la teoría equivalía a conocer los conceptos, de esta manera la solución de un problema comenzaba invariablemente por un marco teórico. La elaboración del "marco" era la fase previa de cualquier investigación e incluso de cualquier reflexión que aspirara a un mínimo de seriedad. Todos parecían imitar, sin habérselo propuesto, a un personaje de *Ciro Alegría* que entre las páginas de *El mundo es ancho y ajeno* aparece memorizando un diccionario. La realidad que estaba más allá de las palabras —y que paradójicamente las producía— era menospreciada con el calificativo despectivo de "empiría". Así, el diseño de *La estrategia y la táctica*, publicado por VR en setiembre de 1968, podía prescindir de indispensables referencias a la "realidad peruana". Sería necesario matizar estas afirmaciones señalando que desde los mimeógrafos de VR se inició la difusión de la "teoría de la dependencia" y fueron discutidos autores, poco convencionales, como Gunder Frank y Theotonio dos Santos³.

Si se pretendiera hacer una antología del pensamiento de la nueva izquierda, la primera dificultad a superar sería la ubicación de los textos: efímeras ediciones mimeografiadas, de corta tirada, que además se encontrarían subrayadas, tachadas y deterioradas como efecto de arduas discusiones. En la mayoría de los casos, defraudan, no tanto por el feble conocimiento de la teoría, sino por ese idealismo en "estado práctico" (robando un término de Althusser) que inunda las páginas: discusiones sobre ideas, sobre textos y hasta frases. Paradójicamente, una izquierda que abundaba en intelectuales carecía de una producción teórica propia. Dejando a un lado argumentos, basta con un simple recuento. Sólo dos revistas, en la vieja y en la nueva izquierda, consiguieron cierta persistencia: *Crítica Marxista-Leninista y Sociedad y Política*. Podrían añadirse los cuatro efímeros números de *Debate Socialista*. Entre los múltiples artículos y ensayos publicados en ellas y en otras ediciones similares, pocos podrían reeditarse. La excepción han sido la recopilación de los trabajos de Ricardo Letts realizada por Mosca Azul. Podrían añadirse algunos otros textos de Murrugarra o Dammert, y casi no habría más autores que mencionar. En definitiva, no existe libro orgánico alguno que pueda ser exhibido como el producto teórico y militante, a la vez, de la "nueva izquierda". Caso aparte, desgajado tempranamente del árbol vanguardista, es el de Aníbal Quijano⁴. Lectores afanosos del *Qué hacer*, no repararon que el verdadero problema era escribir un libro equivalente pero desde el Perú.

La reflexión de la nueva izquierda lindaba con el dogmatismo. Aquí conviene recordar que sus avances y retrocesos se daban al compás de las reformas de los militares. Carentes de una visión del país, la única manera de sortear las seducciones del reformismo y de mantener un perfil propio, era encontrar refugio en el dogmatismo: la definición *a priori*. Pero a la par que los largos debates sobre el "carácter" del gobierno militar (reformismo, fascismo, bonapartismo), se comenzaron a larvar, aunque a veces al margen de los partidos, verdaderas investigaciones sobre la burguesía peruana que superarían al

antiguo debate acerca de la oligarquía (Bourricaud-Bravo Bresani). Además, el enfrentamiento con el militarismo fue acompañado por el desplazamiento del APRA en los sindicatos, las organizaciones campesinas y el movimiento estudiantil.

III

Durante la década del 60 cualquiera hubiera admitido, sin mayor discusión, el aserto de G. Lukács según el cual hasta la peor forma de socialismo era preferible a la mejor forma de capitalismo. Debemos considerar, sin embargo, que la discusión sobre el fenómeno estalinista era muy débil y nadie podía imaginar conexión alguna entre la práctica de Stalin y el pensamiento de Lenin. Pero veinte años después el panorama se ha complicado, no sólo porque se ha incrementado el conocimiento acerca del pasado comunista, sino además porque uno a uno se han ido apagando los faros que supuestamente guiaban la revolución mundial: a la crítica de la experiencia soviética, siguió el desengaño con la revolución china; la política internacional —sustentada en la lógica de los Estados y las potencias— terminaba con las ilusiones. El futuro —invirtiendo la frase con la cual concluían todos los discursos— dejaba de ser nuestro. En América Latina, las buenas relaciones de China con Pinochet y, al otro lado de la cordillera, la tolerancia de la URSS con la Argentina de los generales y los desaparecidos, fueron argumentos suficientes. Por otro lado, después de una experiencia como la de Camboya, en la que una cierta manera de entender el socialismo fue llevada hasta sus últimas consecuencias con el resultado de un genocidio colectivo, la frase de Lukács o terminaba desmentida por la historia o debía ponerse entre interrogantes.

Pero con el eclipse de los faros se produjo también el extravío de derroteros antes precisos. El camino de la revolución perdió la claridad del pasado cuando se sabía que vendría luego de un "mínimo de partido" o "del campo a la ciudad". Ocurre que la crisis del movimiento comunista internacional fue acompañada por profundos cambios en la sociedad peruana y la emergencia de un nuevo movimiento de masas tanto urbano como rural. En 1968

se reorganiza la CGTP, con presencia de Vanguardia Revolucionaria en gremios como construcción civil y pescadores; en 1974 se reorganiza, luego de un prolongado y silencioso trabajo campesino, la CCP. Estos hechos institucionales fueron acompañados con formas de lucha inéditas o la reaparición de viejos procedimientos: marchas de mineros, ocupaciones de fábricas, tomas de tierras, hasta los grandes paros nacionales. A veces como dirigentes, otras como activistas o simplemente repartiendo volantes, allí estuvieron presentes los personajes de la nueva izquierda. La calle empezaba a desplazar a los cafés o los claustros universitarios. Entonces, como siempre suele ocurrir, la lucha de clases hizo trizas a los esquemas. La realidad comenzó a plantear incómodas preguntas, por ejemplo, sobre el papel de los sindicatos, sobre el rol de los trabajadores en el partido, sobre el surgimiento mismo de la teoría. Diversos intelectuales desgajados de VR o partidos similares, inician sendas monografías sobre la realidad nacional. No es por azar que uno de los temas que concitó el interés creciente de los investigadores fuera el problema agrario: desde allí provenían interrogantes originados en conflictos como las "tomas de tierras"; en el agro, a su vez, se habían producido las transformaciones de mayor envergadura en la sociedad peruana contemporánea. La discusión alrededor del futuro del país rural (¿desaparecerán los campesinos?), generada por Rodrigo Montoya, es uno de los debates más fructíferos tanto para las ciencias sociales como para enrumbar una estrategia revolucionaria.

El optimismo de los años 60, cuando la revolución parecía a la vuelta de la esquina, termina erosionándose. Es entonces que una inusual y elevada votación coloca a la izquierda frente a mayores interrogantes y exigencias del movimiento de masas, para constatar que la etapa anterior no había proporcionado los instrumentos adecuados para enfrentar a esa realidad. El año 80, la débil unidad de la izquierda articulada en la ARI termina rompiéndose por discrepancias que partían de Moscú, Pekín o París.

En este panorama, la "nueva izquierda" adquiere iden-

tidad por negación: los que no tienen embajada; pero aquellas organizaciones, que como el MIR o VR —pilares fundamentales de este sector de la izquierda— carecían de un respaldo externo, tampoco disponían de un andamiaje teórico que les permitiera trazar sus propios mapas y poder mantenerse a flote en medio de embates que provenían no sólo de la derecha, sino, además, de la propia izquierda. Terminaron a la deriva. Hasta ahora no alcanzan puerto. Pero la debilidad presente nace de donde podría estar precisamente el sustento y la renovación del futuro: haber preferido guiarse por las exigencias del movimiento social echando por la borda los esquemas. La reciente "sublevación de las bases" quiebra la imagen acerada y disciplinada que en el pasado definía al militante revolucionario; desde 1968, como resultado del II Congreso de VR, se prescribía en los estatutos que a esa calidad sólo eran "acreedores" quienes practicaran "de manera correcta y permanente la línea política de la organización". Pero más de diez años después, el pensamiento crítico se levanta contra esa distinción de sabor oligárquico entre dirigentes y bases.

Queda planteado un desafío: la capacidad de trazar caminos, de construir utopías, de reconciliar a la imaginación con el análisis. Que esto es posible nos lo sugiere esa destreza de la "nueva izquierda" para evitar —hasta ahora— ir al remolque de las corrientes reformistas, sin haberse precipitado en la acción guerrillera inmediata como en Argentina y Uruguay. Para decirlo con mayor claridad: en esa amplia onda revolucionaria que tuvo como epicentro a la revolución cubana, donde las cerrotas terminaron sucediéndose unas a otras, el Perú persiste como una excepción.

IV

El inicio como conclusión: el año 1965, coincidiendo con su fundación, Vanguardia Revolucionaria inició el reencuentro del marxismo peruano con Mariátegui. Quizá en ese momento el viraje no fue debidamente apreciado. Parece que no se desarrollaron todas las implicancias; el hecho es que uno de esos folletos mimeografiados —que mencionamos al comenzar el ar-

tículo— tenía como título "Mariátegui: marxista creador" y reproducía el programa provisional del Partido Socialista (redactado por Ravines y asumido para la discusión por el grupo de Lima), junto con el texto que Mariátegui envió a la Conferencia Comunista de Buenos Aires, "Punto de vista antimperialista". Este último era apenas conocido por quienes conservaban la primera edición de los *Apuntes para una interpretación marxista...*, publicados tiempo atrás por Martínez de la Torre. No figuraban todavía en las "obras completas". Prácticamente desconocido para quienes recién llegaban a la política. Esa postergación se explicaba —de acuerdo con el editor— por las discrepancias que Mariátegui había tenido con la Internacional Comunista, su afán de preservar una autonomía para así garantizar efectivamente un marxismo creador. Ese anónimo redactor concluía: "Si esto es cierto, la Vanguardia Revolucionaria de un pueblo tiene que conocer profundamente a su suelo y a su pueblo; para esta tarea pueden servir los manuales como también no lo pueden. El estudio creador es el árbitro en este caso. Así lo pensó y ejecutó Mariátegui"⁵. Esta impronta telúrica —donde entre líneas se advierte también la influencia de José María Arguedas— llevaría a algunos vanguardistas, como Murrugarra o Diez Canseco, hasta los socavones mineros. Pero, con el tiempo y las polémicas, los manuales consiguieron imponerse y esta conclusión, durante años obsesionados con la fidelidad al maoísmo o al trotskismo, fue olvidada quizá hasta por su propio autor.

NOTAS

1) En agosto de 1946 se funda el Partido Obrero Revolucionario, POR, primera organización trotskista.

2) Durante 1965 se publicaron hasta cinco números de la revista *Vanguardia Revolucionaria* (mimeógrafo). El último (serio) se publicó a imprenta en 1969.

3) La "Teoría de la dependencia" al sostener el carácter capitalista de Latinoamérica fundamentaba la lucha por el socialismo, pero también soslayaba las especificidades nacionales. El Perú era un satélite más de la metrópoli dominante de EE.UU.

4) La edición de los estudios de Aníbal Quijano ha sido insuficiente discutida; ellos roturaron nuevos territorios para el marxismo, como la dependencia, la marginalidad o los movimientos campesinos.

5) *Vanguardia Revolucionaria*, "Mariátegui: marxista creador", Lima, 1965, p. 7.



El primer límite es económico. Somos, de una parte, sociedades pobres y atrasadas y, de otra, nos hallamos crecientemente insertos en el mercado mundial y dependientes de él. Ambas determinaciones hacen que, en el corto plazo, cualquiera que sea el tipo de revolución que se haga, sólo el subdesarrollo será posible durante las dos o tres décadas siguientes.

Claro es que una revolución deberá lograr que no sigamos subdesarrollándonos —como ahora— pero, debido al límite impuesto por lo económicamente posible, los niveles de satisfacción de necesidades básicas en la mayoría de la población no sufrirán una mejora drástica sino en plazos no inmediatos. A eso hay que añadir un agravante político que es muy complicado de resolver: esas mejoras se producirán, en todo caso, a costa de un deterioro relativo del nivel de vida de los sectores medios, que paradójicamente son los que tienen hoy un peso político decisivo.

Es evidente que si somos pobres y atrasados, si nuestros recursos son explotables a costa de inversiones que no podemos emprender masivamente, si nuestro nivel productivo en ciertas ramas de punta en la economía mundial es cero —lo que nos condena a ciertas formas de dependencia por tiempo indefinido—, todo eso no es fruto del azar. En el curso de la historia de la humanidad recibimos un rol poco afortunado: fuimos “descubiertos” para ser constituidos en colonia, estatuto que inauguró un desangramiento de recursos aún no concluido. Y ese sistema —y su sucedáneo imperialista— nos reservó el rol de quinta rueda del coche en el planeta. De modo que intentar hoy en serio la tarea del desarrollo implica comprobar que salimos a la cancha con un abultado marcador en contra. Pero, con ser iluminadora, esa explicación no nos sirve para mejorar en algo nuestras limitadas posibilidades de ahora.

En relación con estas constataciones, llama la atención la forma en que deseduca políticamente cierta práctica de las izquierdas. Se transmite en ella una versión simplificada de la plusvalía, según la cual bastaría eliminar la tajada de la burguesía y la parte del león del imperialismo para que nadáramos en la abundancia. Se pretende negar así un hecho contundente del que la derecha saca todo el provecho posible: si repartiéramos igualitariamente toda la riqueza existente en el país, cada uno de los peruanos seguiría siendo dramáticamente pobre. Y, seguramente, buena parte de la clase obrera organizada y de los sectores sobre los que se asienta la izquierda legal en el país, serían aún más pobres de lo que son.

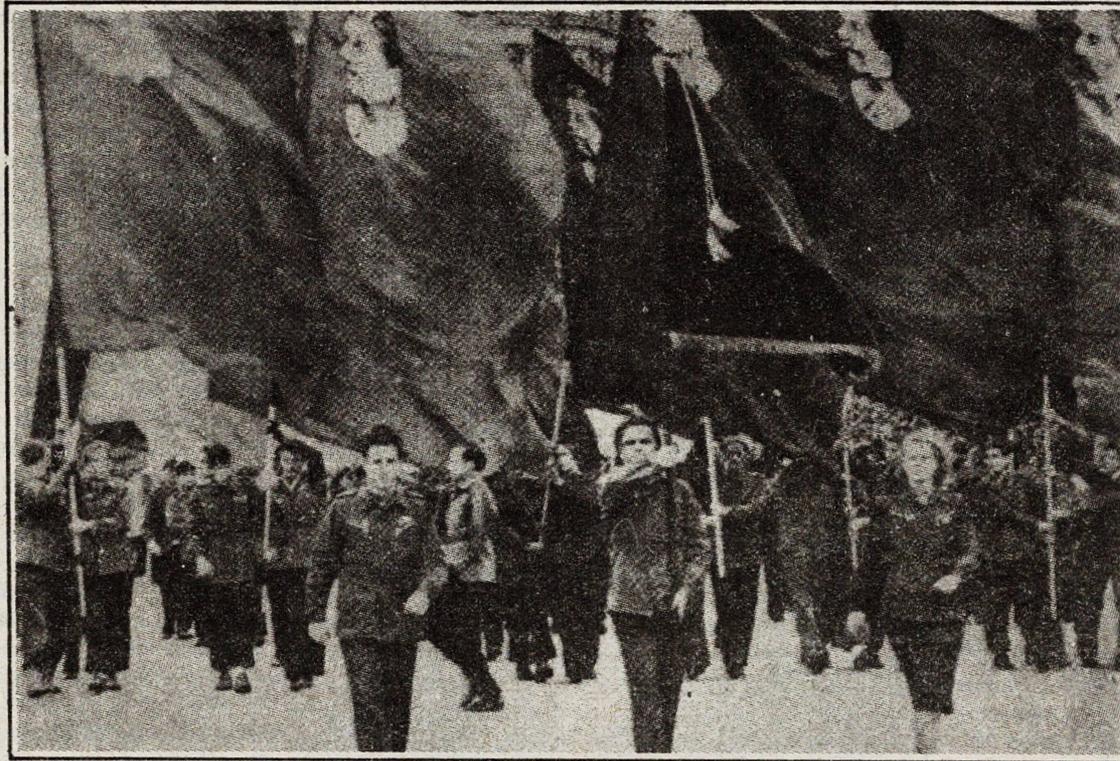
UN SOCIALISMO POBRE, PERO DIGNO

Esta versión waterburyana de

Socialismo: problema y posibilidad

Luis Pásara

A fuerza de rechazar revolucionariamente esta sociedad atroz, nos hemos habituado a imaginar la sociedad que una revolución crearía en el país como la cancelación de la escasez y la inauguración de una democracia genuina. Los ejemplos históricos que tenemos a mano parecen sugerir que, lamentablemente, lo posible se halla muy distante de esa fascinante imagen utópica.



la explotación capitalista, en rigor, no prepara el advenimiento de un régimen socialista que no podría sino proponerse la construcción de un socialismo pobre. Porque, ciertamente, tendríamos un socialismo pobre. Pobre y digno, como el que vi en China hace unos años. Donde nadie se muriera de hambre o por falta de atención médica. Donde todos tuvieran derecho a una educación básica. Y por eso el socialismo sigue siendo deseable para un país como éste, al que le ha sido deparado hasta hoy un orden social pernicioso. Pero seguramente tendría que racionarse alimentos, priorizarse rigurosamente las importaciones, limitarse severamente el consumo. Lo que mantendría al país en una suerte de atraso colectivizado —de riesgo muy alto en varios aspectos: el militar, por ejemplo— que fue la principal acusación contra la llamada Banda de los Cuatro. En otras palabras, para un país como el nuestro, el socialismo no sería una fiesta.

Tampoco tendrían nada de festivo los acuerdos y transacciones que habría que llegar para sostener viva la revolución socialista dentro de un mercado mundial capitalista, del cual nadie escapa hoy. Porque, desgraciadamente, no ocurrió la revolución socialista mundial que predijeron los clásicos. Y no hay evidencia alguna de que esté a la vuelta de la esquina. De modo que habría que negociar con los pulpos existentes.

Con todos ellos.

IRONIAS DE LA HISTORIA

A estas alturas de la historia —y de la crisis mundial— ni siquiera es posible ensayar la propuesta fácil de “pasarse al otro lado”, enchufándose en el bloque soviético. Cuba lo hizo —olvidémonos del precio que ha pagado y paga por ello—; lo real es que con Cuba se acabó la opción: la Unión Soviética —en Nicaragua lo saben— no está dispuesta a pagar las abultadas cuentas de una revolución en un pequeño país que se diera el lujo de salir del mercado mundial. ¡Si ni ellos han logrado hacerlo!

El segundo límite es político. Las revoluciones hechas en nombre del socialismo han construido o están construyendo regímenes inequívocamente autoritarios, donde se prescinde del debate y la discrepancia, donde no existe la democracia —entendida como control efectivo del pueblo sobre el ejercicio del poder— y donde los mandos de un aparato partidario-militar ejercen un control vertical sobre el partido, el Estado y la sociedad.

Si bien los límites económicos descritos aparecen como prácticamente inevitables, no surge como una fatalidad este segundo límite, político, que constatamos presente en los procesos revolucionarios de este siglo. Por lo menos en un primer

nivel de análisis, no es evidente que las cosas tendrían que ser así y no podrían ser de otro modo.

Y LAS MASAS ¿DONDE ESTAN?

¿Por qué, entonces, el autoritarismo socializante? Algunos encuentran la fuente del problema en el leninismo, esa versión autoritaria del pensamiento de don Carlos que le añadió el partido como componente clave. Partido que, regalándole al pobre obrero la conciencia que supuestamente no tiene, conduciría los intereses de su clase —no a la clase misma— al poder. El leninismo ha dado la justificación ideológica para que los revolucionarios profesionales —frecuentemente, ni obreros ni campesinos— usufructúen el poder sin compartirlo con las verdaderas masas.

Pero, por qué el éxito de esa ideología expropiadora. El caso de Nicaragua —como antes el de Cuba— sugiere varios elementos de respuesta. El primero reside en que, de este modo, es más fácil gobernar. En cambio, someter a discusión popular es siempre una inversión de larga maduración. Los tecnócratas pequeño-burgueses prefieren decidir y luego, si acaso, explicar una versión sencilla para las masas que “no pueden” comprender la complejidad que sólo ellos manejan.

La segunda razón se emparenta con los límites económi-

cos vistos antes. En sociedades como las nuestras resulta más que difícil formular un plan económico, en torno al cual se logre el consenso. Aun prescindiendo de la burguesía —paso no dado por los sandinistas— no es fácil imaginar que nuestros sectores medios, en un derroche de lucidez, conciencia y solidaridad, renuncien a sus privilegios de consumo; reducidos privilegios, relativos a una sociedad miserable. En consecuencia, lo más expeditivo es dictar una fórmula, impuesta por la voluntad del mando político, quien en definitiva no tiene que dar cuenta de ello a nadie.

LOS NUEVOS GRINGOS

La tercera razón se basa en la venta de ideas del llamado mundo socialista. Ocurrida una revolución, llegan los asesores: los alemanes del Este, los búlgaros o los mismos soviéticos. Ellos sí saben cómo. Y traen el señuelo de la ayuda. En suma, también son gringos. Y son portadores de un modelo autoritario que será vendido a nuestros políticos revolucionarios como una necesidad técnica.

La cuarta razón es provista, precisamente, por nuestros políticos revolucionarios. Que están formados en partidos leninistas, de tradición inequívocamente autoritaria. De modo que, puestos en el poder, no harán ellos el menor esfuerzo democrático por cuestionar la ideología y el estilo político de partida, por superar las dificultades ofrecidas por una distribución del ingreso que objetivamente enfrenta entre sí intereses populares, o por desarrollar esquemas técnicos y soluciones de planificación prescindentes del criterio de los nuevos gringos. En consecuencia, el modelo autoritario les vendrá como anillo al dedo.

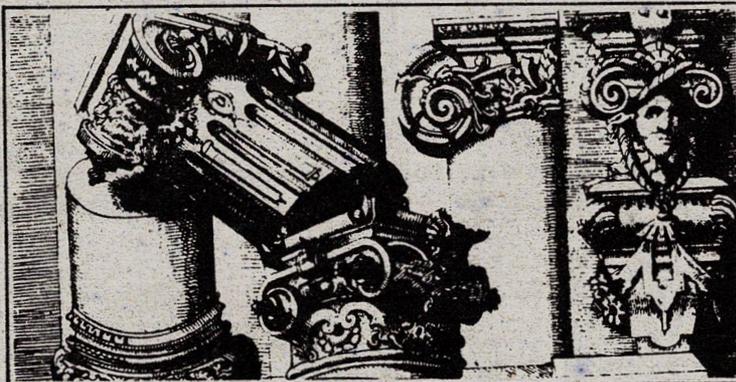
Hay un hecho que impide, sin embargo, la inevitabilidad del autoritarismo en toda sociedad revolucionaria futura. Ese hecho es la discusión abierta sobre el problema. Porque empiezan a ser denunciadas, las revoluciones autoritarias son cada vez menos atractivas. Quizá se pueda explicar al pueblo que se requiere un socialismo pobre, pero no se le puede convencer de que, además, es indispensable construir un muro alrededor del territorio para que nadie se escape.

Si los clásicos pudiesen ver lo que se ha hecho en nombre de sus propuestas verdaderamente revolucionarias. Si don Carlos pudiese mirar a las sociedades que deberían estar encaminándose a crear la asociación de libres productores que él soñó. Si pudiesen asomarse a este sombrío panorama del “socialismo realmente existente”, propondrían una urgente revolución en la izquierda para que pudiese volver a cautivar la imaginación popular, postulando una sociedad seguramente pobre pero inequívocamente libre y democrática.

El imperio contraataca

Félix Azofra

Responsable de más de 30,000 "desaparecidos", miles de muertos y torturados, de la liquidación de la industria nacional, de la entrega de los recursos naturales argentinos a las transnacionales norteamericanas y de una política entreguista y hambreadora, el régimen militar argentino que hoy encabeza el general Galtieri se juega una carta decisiva con la invasión de las Malvinas, Georgia y Sandwich del Sur.



las ex-colonias de éstos. Vencedora de la flota hispano-francesa en Trafalgar, la escuadra inglesa era, por entonces, la más poderosa y mejor armada del planeta, y los buques mercantes de Inglaterra recorrían los siete mares embarcando materias primas que más tarde transformaban en las nacientes usinas de Manchester. El mercado inglés se extendía así con el apoyo de los cañones de su escuadra y la habilidad de sus cónsules y funcionarios coloniales.

Ciento cuarenta y nueve años más tarde, la Gran Bretaña va derivando peligrosamente hacia el subdesarrollo. Con casi dos millones de desempleados, una crisis económica prácticamente insalvable, el estancamiento de su desarrollo industrial y una dependencia cada día más negativa del mercado externo, el león inglés conserva muy poco de su antigua prestancia. Todavía poderosa, sin embargo, desde el punto de vista militar, su escuadra depende hoy también de los intereses estratégicos y geopolíticos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), al que se encuentra estrechamente ligado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. La aventura naval y bélica pretendida hoy por la Gran Bretaña suena hoy aún más ridícula cuando se piensa que su poderosa flota no podrá desplazarse adecuadamente si no cuenta con un apoyo logístico y de abastecimiento cercano al centro de operaciones, al área que el Ministerio de Defensa británico ha declarado como zona de guerra: las Malvinas.

Inglaterra se encuentra, en efecto, a más de 10,000 kilómetros de distancia de las islas, mientras que Argentina lo está tan sólo a 600. Ningún país de esta parte del Atlántico está dispuesto a jugarse una carta de alianza con una potencia de segunda categoría y, movidos más bien por una concepción americanista y anticolonialista de la política, la mayor parte de los países

del continente están dispuestos a apoyar las pretensiones argentinas, que, de otro lado, se fundamentan en el derecho internacional que las favorece. Las Malvinas fueron, en efecto, robadas por Inglaterra, y Argentina tiene todo el derecho a recuperarlas. La condena a la actitud argentina por parte del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no niega en lo absoluto este derecho. Se fundamenta, más bien, en la peligrosidad que esta acción representa para la paz mundial o en los lazos que algunos países (ex-colonias británicas como Estados Unidos, Guyana, Uganda y otras) mantienen aún con la metrópolis dentro o fuera de la Commonwealth.

Pretender, como pretende el gobierno de la señora Thatcher, sustentar una acción bélica como la que Inglaterra ha iniciado al declarar zona de guerra a las Malvinas apoyándose en el concepto del honor herido, es no tener idea clara de lo que significa el honor, o ignorar que el poderío inglés, a lo largo de los últimos cuatro siglos, se forjó a través de los actos de rapiña, piratería y explotación sistemática de los países más débiles, argumentos que no son suficientes para fundamentar ningún concepto del honor. Estas sistemáticas acciones de rapiña por parte de la Gran Bretaña han generado en el mundo problemas y conflictos sumamente graves, algunos de los cuales están hoy en la base de importantes enfrentamientos históricos entre países y de guerras de gran actualidad, como la de Irak e Irán.

Por todo ello y por la ineficacia demostrada por la

propia escuadra británica en los primeros días, así como por la poca visión en lo que a sanciones económicas tomadas contra Argentina se refiere, Inglaterra se está poniendo en ridículo frente al mundo. Al contrario de lo que señalaba el editorial del "Washington Post" el sábado de la semana pasada, la acción necia no ha partido de Argentina, sino de Inglaterra. Los papeles se han cambiado, y los norteamericanos y británicos deberían pensar que ya no vivimos en los tiempos de la batalla de San Jacinto, en la que unos cuantos osados comandos pudieron tomar desnudo a Santana en un burdel y hacerle firmar la independencia de Texas. Cierto es que Galtieri y los militares han expropiado al pueblo argentino su derecho a recuperar las Malvinas, pero, incluso, entre Galtieri y Santana existen diferencias marcadas por el paso de la historia y el desarrollo de sus pueblos, de los pueblos de América Latina.

EL TIAR Y LA OTAN

Argentina está dispuesta a presentar ante la OEA su caso reclamando el cumplimiento de los acuerdos firmados en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Algunos políticos y militares latinoamericanos se han pronunciado también en este sentido. Concretamente, en el Perú el "gaucho" Cisneros ha declarado que Argentina podría invocar este tratado, y no cabe la menor duda de que, en este momento, la doctrina Monroe, que está en el fondo de este tratado, firmado para combatir la posible penetración militar de los paí-

ses socialistas extra-continetales, pesa mucho en el ánimo de casi todos los países de América Latina.

El problema fundamental es el de los Estados Unidos, potencia que ha nombrado ya al vicepresidente George Bush y al general Alexander Haig como negociadores de la paz entre los dos países. De hecho, a pesar de la continentalidad americana de esta potencia, sus intereses se inclinan muchísimo más hacia aquel país que fue su metrópolis en la época colonial y que hoy le sirve de fideicomisario ante el Mercado Común Europeo. Este alineamiento de los Estados Unidos con Inglaterra hace imposible toda posibilidad de que este tratado interamericano se concrete para este caso.

Inglaterra, sin embargo, tampoco encuentra apoyo suficiente para sus pretensiones de recuperar las Malvinas en ningún país del mundo. Aparte del ofrecimiento portugués de ceder una base en las Azores para el reabastecimiento de la flota británica y del apoyo moral de países como Francia, con un pasado colonialista y un presente neocolonialista, ningún país ha optado por apoyar en forma decidida la acción británica. La propia OTAN ha aconsejado al gobierno inglés que ceje en su empeño de aventura ultramarina, ya que la retirada de la escuadra inglesa, con un tercio de sus efectivos totales, del Atlántico Norte deja a esta zona en una difícil situación.

Daría la impresión de que la amenaza británica es rugido de león moribundo y que las superpotencias terminarían, a la larga, por decidir la suerte que corran las Malvinas en las conversaciones que todavía pueden entablarse entre los dos países en conflicto. Si no se llega a estas negociaciones, la guerra es inevitable, y, aunque la escuadra inglesa es a todas luces superior, la situación favorece a Argentina, que podría terminar por humillar al león británico. El peligro radica —y éste es el verdadero temor de muchos de los países y tal vez el motivo principal por el que gobiernos como el de Japón votaron contra Argentina en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas— en que la guerra puede extenderse y, como señaló un diputado conservador hace algunos días en Londres, por conflictos menores se han iniciado algunas guerras mundiales.

La presión de los sectores políticos de la oposición y el avance del movimiento de masas en el país del Plata amenazaban con abrir una posibilidad de recambio político en el frente interno argentino, cuestionando la política que la Junta Militar de Gobierno había venido siguiendo hasta ahora. El fracaso del modelo económico ejecutado por Martínez de Hoz ha dejado a la Argentina en completa bancarrota, de la que únicamente se salvan los sectores de la oligarquía agraria, tradicionales detentadores del poder en ese país. La sorpresiva decisión y puesta en práctica de recuperar las Malvinas por medio de las armas, dejando de lado las inútiles conversaciones que hasta ahora venían manteniéndose con Inglaterra, responde, por ello, a la necesidad de aligerar el frente interno y jugarse la carta de la pervivencia como régimen político durante los próximos años en el caso de tener éxito frente a la potencia naval del Atlántico Norte.

El recurso nacionalista cuenta también frente a la disputa que Argentina mantiene frente a Chile por las islas del Beagle, en el extremo sur de la Patagonia, y, sin duda, las reacciones que la acción argentina ha encontrado en Chile podrían ser las esperadas. Ante la imposibilidad de una alianza con una potencia extra-continental, los chilenos podrían buscar una salida negociada con sus vecinos del cono sur. Las Malvinas, desérticas islas con reservas probadas de petróleo en su plataforma continental y con gran riqueza de krill, pequeño crustáceo considerado por los expertos como la esperanza de la alimentación en el futuro, pueden terminar por pesar más en el ánimo de los argentinos que las Beagle, cuya importancia económica y geopolítica no puede compararse.

UN LEON DE OPERETA

En 1833, Inglaterra, tras varios fracasados intentos por conquistar la parte continental de Argentina y establecer allí una colonia, se apropió de las Malvinas por la fuerza. Era el momento en el que el imperio británico buscaba extenderse al máximo en el planeta aprovechando, en algunas ocasiones, la debilidad de los imperios que le habían antecedido, como el portugués y el español, y de

Nació en 1928 del encuentro de dos sueños. Llegando a Figueras, a casa de Salvador Dalí, le cuento que poco tiempo atrás había soñado con una nube afilada cortando la luna, y una hoja de afeitar rasgando un ojo. Por su parte, él me cuenta que la noche precedente había soñado con una mano plena de hormigas. Y añade, "¿y si hacemos un filme partiendo de eso?". Al principio la proposición me dejó en la incertidumbre, pero inmediatamente después nos pusimos a trabajar.

El guión fue escrito en menos de una semana según una regla muy simple, adoptada de común acuerdo: no aceptar ninguna idea, ninguna imagen que pueda dar lugar a una explicación racional, psicológica o cultural.

El surrealismo fue, antes que nada, una suerte de llamado, que escucharon en Alemania, Estados Unidos, España y Yugoslavia, gente que practicaba ya una forma de expresión insintiva e irracional antes de conocerse. Los poemas que había publicado en España, antes de escuchar hablar del surrealismo, testimonian este llamado que nos conducía a todos hacia París. Igualmente, Dalí y yo, trabajando en el guión de *El perro andaluz*, practicábamos una suerte de escritura automática; éramos surrealistas sin etiqueta. Alguna cosa estaba en el aire, como ocurre siempre. Pero añadido inmediatamente, en lo que me concierne, que mi reencuentro con el grupo fue esencial y decidió el resto de mi vida.

La primera representación pública de *El perro andaluz* fue organizada con invitaciones pagadas en las Ursulinas y reunió lo que entonces se llamaba la *flor* de París, es decir, algunos aristócratas, escritores o pintores ya célebres (Picasso, Le Corbusier, Cocteau, Christian Bernard, el músico Georges Auric) y, desde luego, todos los miembros del grupo surrealista.

Muy nervioso, me coloqué detrás del écran con un gramófono, y, durante la proyección alternaba tangos argentinos con "Tristán e Isolda". Había colocado algunas piedras en mis bolsillos para, si fracasaba, arrojarlas a los asistentes. Poco tiempo atrás, los surrealistas habían silbado *La Coquille et le Clergyman*, filme de Germaine Dulac (con guión de Antonin Artaud) que, sin embargo, me gustaba. Esperaba lo peor.

No tuve que usar las piedras. Al terminar el filme, escuché los prolongados aplausos y me deshicé, discretamente, de mis proyectiles.

Como todos los miembros del grupo, me sentía atraído por una cierta idea de la revolución. Los surrealistas, que no se consideraban como terroristas o activistas amados, luchaban contra una sociedad que detestaban, utilizando como arma principal el escándalo. Contra las desi-

Buñuel habla de Buñuel

Luis Buñuel

No hace ni 72 horas que aparecieron, escritas en francés, las memorias del genial Luis Buñuel bajo el título de "Mon dernier soupir" (Mi último suspiro). Ofrecemos un fragmento donde nos habla de su primer filme, "El perro andaluz", de André Breton, de García Lorca, del amor, del trago y del cigarro (tabaco y ron).

gualdades sociales, la explotación del hombre por el hombre, la presencia embrutecedora de la religión, el militarismo agresivo y colonialista, el escándalo les pareció, durante mucho tiempo, el revelador todopoderoso, capaz de hacer aparecer los resortes secretos y odiosos del sistema que era necesario abatir. Rápidamente, un cierto número de entre ellos, se orientó a la política propiamente dicha, y principalmente al único movimiento que nos parecía, entonces, digno de ser llamado revolucionario, el movimiento comunista. De ahí, se produjeron discusiones, escisiones, querrelas incesantes. Sin embargo, el verdadero objetivo del surrealismo no era crear un nuevo movimiento literario, o pictórico, o filosófico, sino hacer estallar la sociedad, cambiar la vida.

La mayoría de estos revolucionarios pertenecían a buenas familias —como los *señoritos* que yo frecuentaba en Madrid—. Burgueses que se rebelaban contra la burguesía. Ese era mi caso. A ello se añadía, en mí, un cierto instinto negativo, destructor, que he sentido siempre con mayor fuerza que toda tendencia creativa. La idea de incendiar un museo, por ejemplo, me ha parecido más sugestiva que la inauguración de un centro cultural o de un hospital.

Pero era sobre todo la fuerza del aspecto moral lo que me fascinaba en nuestras discusiones. Por primera vez en mi vida, encontraba una moral coherente y estricta, donde no descubría falla alguna. Desde luego, esta moral agresiva y clarividente, iba normalmente en contra de la moral corriente, que nos parecía abominable, y rechazábamos en bloque los valores cotidianos. Nuestra moral se apoyaba en otros criterios; ella exaltaba la pasión, la mistificación, el insulto, el humor negro, el llamado del abismo. Pero dentro de este nuevo territorio, en el que los entornos retrocedían diariamente, todos nuestros gestos, nuestros reflejos, nuestros pensamientos, nos parecían justificados, sin la sombra de una posible duda.



Luis Buñuel en su refugio de Frejus.

Todo se sostenía. Nuestra moral era más exigente, más peligrosa, pero también más firme, y más coherente, más densa que la otra.

Añado —fue Dalí el que me lo hizo notar— que los surrealistas eran bellos. Belleza luminosa y leonina de André Breton, que saltaba a los ojos. Belleza más preciosa de Aragón, Eluard, Crevel y el mismo Dalí; y Max Ernst con su sorprendente rostro de pájaro con ojos claros, y Pierre Unik, y todos los demás; grupo ardiente y fiero, inolvidable.

BRETON Y BUÑUEL

Vi bastante seguido a Breton en Nueva York, durante la guerra, y luego en París. Fuimos

es Max que hace lo mismo": Se quedó callado por un momento, y añadió luego, mientras en su rostro se dibujaban las huellas de un gran dolor: "Es triste decirlo, mi querido Luis, pero el escándalo no existe más".

Yo me encontraba en París en momentos de su muerte, y fui al cementerio. Para no ser reconocido, para no tener que hablar con personas a quienes no veía desde hacía cuarenta años, me disfracé, me coloqué un sombrero y unas gafas. Y me mantuve un poco separado.

Fue rápido y silencioso. Luego, cada uno partió por su camino...

MAYO 1968

Me encontraba en París a inicios del mes de mayo 1968, y comenzaba, con mis asistentes, la preparación y localización de *La Vía Láctea*. Un día, brutalmente, nos encontramos frente a una barricada construida por estudiantes en el Barrio Latino. En poco tiempo, como se recuerda, la vida de París fue alterada. Conocía las obras de Marcuse, que aplaudía. Aprobaba todo lo que leía, todo lo que escuchaba sobre la sociedad de consumo, la necesidad de cambiar, antes que fuera tarde, el curso de una vida árida y peligrosa. Mayo-68 tuvo momentos maravillosos. Paseando en las calles tomadas, reconocía en los muros, no sin sorpresa, algunos de nuestros viejos *slogans* surrealistas: "La imaginación al poder", por ejemplo, y "Está prohibido prohibir".

Sin embargo, nuestro trabajo se había paralizado, como casi toda labor, y no sabía qué hacer, aislado en París, turista interesado y poco a poco inquieto. Los gases lacrimógenos me picaban en los ojos cuando atravesaba el boulevard St. Michel, luego de una noche de enfrentamientos. No comprendía todo lo que pasaba; por qué, por ejemplo, los manifestantes maullaban "¡Mao! ¡Mao!". como si sinceramente desearan la instalación de un régimen maoísta en Francia. Veía a gente usualmente razonable perder la cabeza y a Louis Malle —un amigo muy querido— director de no sé qué grupo de acción, repartir sus tropas para la gran batalla y ordenar a mi hijo, Jean Louis, tirar sobre los cachacos desde que se asomaban en la esquina (si él hubiera obedecido, hubiera sido el único guillotinado del mes de mayo). Al mismo tiempo que el espíritu de seriedad y el cotorreo, una gran confusión se instalaba. Cada uno buscaba su revolución con su pequeña linterna. Yo no dejaba de decirme: "Si esto pasara en México, estaría terminado en dos horas. Y contaríamos doscientos o trescientos muertos". (Por lo demás, fue lo que sucedió en el mes de octubre sobre la Plaza de las Tres Culturas). Además de los *slogans*, Mayo-68 ofrecía muchos puntos en común con el movimiento surrealista: los mismos temas ideológicos, el mismo aliento, las mismas divi-

nes, los mismos brazos abiertos a la ilusión, la misma difícil elección entre la palabra y la acción. Como nosotros, los estudiantes de Mayo-68 hablaron mucho y actuaron poco. Pero no les reprocho nada. Como hubiera podido decir Andre Breton, la acción ha devenido casi imposible, como el escándalo.

A menos de escoger el terrorismo, que fue la elección de algunos. Tampoco allí podemos escapar a las frases de nuestra juventud, cuando Breton, por ejemplo, decía: "El gesto surrealista más simple consiste en salir a la calle, con un revólver en la mano, y tirar al azar contra la muchedumbre". Por mi parte, no olvido haber escrito que *El perro andaluz* no era otra cosa que un llamado a la muerte.

GARCIA LORCA, ER ANDALU

Muy brillante, encantador, con una visible voluntad de elegancia, la corbata impecable, el ojo sombrío y brillante, Federico García Lorca ejercía una atracción, un magnetismo al que nadie podía resistirse. Dos años mayor que yo, hijo de un rico terrateniente, venido a Madrid para estudiar filosofía, la que abandonó rápidamente para internarse en la literatura, inmediatamente conoció a todo el mundo, y todo el mundo lo conoció. Su cuarto, en la Residencia, se convirtió en uno de los lugares más buscados para las reuniones.

Nuestra amistad, que fue profunda, data de nuestro primer encuentro, en 1923. Si bien todo oponía al aragonés desgarbado con el andaluz refinado —o tal vez a causa de este contraste— andábamos mucho juntos. De noche, me llevaba detrás de la Residencia, nos sentábamos en la grama (las praderas y los terrenos baldíos se extendían entonces hasta el horizonte) y me leía sus poemas. Leía maravillosamente. A su contacto yo me transformaba lentamente, y veía un mundo nuevo que se abría, que él develaba cada día.

Poco tiempo antes de *El perro andaluz*, una niña superficial nos separa, durante algún tiempo. Luego, andaluz susceptible, creyó, o simuló creer, que el filme era en contra suyo. Decía: "Buñuel ha hecho un pequeño filme así (gesto de dedos); se llama *El perro andaluz*, y *el perro, soy yo*".

En 1934, estábamos totalmente reconciliados. Cuatro días antes del desembarco de Franco, bruscamente Lorca —que no podía apasionarse por la política— decide partir para Granada, su ciudad. Trataba de disuadirlo, diciéndole: "Federico, se preparan horrores. Quédate aquí. Estarás más seguro en Madrid". Otros amigos intentaron presionar, pero vanamente. El partió muy nervioso, muy golpeado.

El anuncio de su muerte fue un golpe terrible para todos nosotros.



Tabaco, alcohol, amor



Imposible beber sin fumar. Por mi parte, empecé a fumar a los 16 años y desde entonces no he parado. Es cierto que rara vez he fumado más de veinte cigarrillos en un día. ¿Qué he fumado? De todo. Desde cigarrillos españoles hasta tabaco negro. Desde hace una veintena de años, me he encariñado con los cigarrillos franceses, *Gitanes* y sobre todo *Celtiques*, que coloco por encima de todos.

Permítanme, respetables lectores, para terminar con estas consideraciones sobre el alcohol y el tabaco, darles un consejo. No beba y no fume. Es peligroso para la salud.

Añado que el tabaco y el alcohol acompañan muy agradablemente el acto del amor. Generalmente, el alcohol se coloca antes y el tabaco, después. Que no se espere de mí confidencias eróticas extraordinarias. Los hombres de mi generación, españoles por añadidura, sufrían de una timidez ancestral respecto de las mujeres y de un deseo sexual que era, ya lo he dicho, el más fuerte del mundo.

Este deseo era el fruto, bien entendido, de siglos de un catolicismo castrante. La prohibición de toda relación sexual al margen del matrimonio (y eso), la represión de toda imagen, de toda palabra que pudiera relacionarse de cerca o de le-

jos al acto de amar, todo contribuía a hacer nacer un deseo de una excepcional violencia. Cuando, a pesar de todas las prohibiciones, este deseo se encontraba al borde de la satisfacción, procuraba un goce incomparable, puesto que se mezclaba siempre con el gozo secreto del pecado. Sin sombra de duda, un español lograba, al copular, un placer superior al de un hindú o un chino.

En mi juventud, en España, salvo rarísimas excepciones, sólo se conocían dos maneras de hacer el amor: en el burdel y en el matrimonio. Cuando vine a Francia, en 1925, por primera vez, me pareció realmente extraordinario y completamente revoltante, ver a un hombre y una mujer, besarse en la calle. Igualmente, me llamaba la atención que un hombre joven y una joven mujer, pudieran vivir juntos sin estar casados. Estas actitudes me parecían casi inimaginables. Me parecían obscenas.

Desde esos días lejanos, muchas cosas han pasado. En particular, desde algunos años atrás, he asistido a la desaparición progresiva y finalmente total de mi instinto sexual, incluso en el sueño. Estoy muy contento, como si por fin me hubiera liberado de un tirano. Si Mefistófeles se apareciera y me propusiera una recuperación de eso que llaman la virilidad, le

diría: "No, gracias, no me interesa más, pero fortifica mi hígado y mis pulmones, deseo seguir bebiendo y fumando".

Preservado de las perversiones que atormentan a los viejos impotentes, es con una calma clara, sin ningún reproche en particular, que me acuerdo de las putas madrileñas, de los burdeles parisinos y las *taxi-girls* de Nueva York. Con excepción de algunas pinturas vivientes, de París, creo que en mi vida sólo he visto un filme pomográfico, deliciosamente titulado *Sor Vaselina*. En él se veía una hermana en el jardín de un convento. Ella se hacía montar por el jardinero, el que a su vez era sodomizado por un monje, antes de que los tres arribaran a una figura común.

Aún veo los calzones negros de la hermana, calzones que quedaban por encima de las rodillas. Jean Mauclair, del Studio 28, me regaló este filme, que luego perdí. Con René Char, físicamente un hombre fuerte, como yo, habíamos pensado penetrar en un cine para niños, atar al proyccionista, amordazarlo, y proyectar *Sor Vaselina* a ese joven público. *O tempora o mores*. La idea de profanar la infancia, nos parecía una de las formas más atractivas de la subversión. Desde luego, no hicimos nada. (Traducción: Rafael Dnin ot).

Ajedrez

SPASSKI: ARENA Y CAL

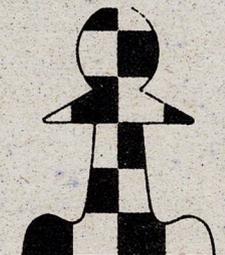
Los ajedrecistas sabemos que el ex campeón mundial Boris Spasski es un gran conocedor de la variante cerrada de la siciliana. Veremos ahora la primera partida de su match con Portich en 1980 que perdió (el match a diez partidas resultó empatado después pero Spasski perdió por moneda) y otra más reciente jugada contra V. Hort y que gana.

B. SPASSKI (URSS) - LAJOS PORTICH (HUNGRIA) DEFENSA SICILIANA. MEXICO, 1980.

1) P4R, P4AD 2) C3AD, P3D 3) P3CR, C3AD 4) A2C, P3CR 5) P3D, A2C 6) P4A, P3R 7) C3A, CR-2R 8) 0-0, 0-0 9) T1C, P3C 10) A2D, A2C 11) C2R, D2D 12) P4CR, P4A 13) PCxP, PRxP 14) P4A, C1D! 15) C3A, C3R 16) C5CR, CXC 17) PxP, T2A 18) D3A, TD1AR 19) D3T, D1D! 20) PxP, A1A! 21) C4R, A5D+22) R1T, CxP 23) C6A+, R1T 24) A3A, C6R 25) D4T, AxA 26) PxP, CxT 27) TxC, A4A 28) P4D, TxC! 29) PxT, Dxp 30) DxD, TxD 31) P4TD, R2C 32) P5T, A6D 33) TxTRxT 34) PxP, PxP 35) A5D, R4A 36) PxP, PDxP 37) R1C, R5A 38) R2A y rinde simultáneamente (0-1)

B. SPASSKI (URSS) - V. HORT (CHECOSLOVAQUIA) SICILIANA SO-LINGEN, 1981.

1) P4R, P4AD, 2) C3AD, C3AD 3) P3CR, P3CR, P3CR 4) A2C, A2C 5) P3D, P3D 6) P4A, P3R 7) C3A, CR 2R 8) 0-0, A2D 9) A3R, C5D 10) T1C, T1AD? 11) A2A, CR3A 12) CD2R, D4T 13) C2xC, CxC 14) P3A, CxC 15) DxC, A3A 16) P4CR, 0-0 17) P5A, P3A 18) PxPR, DxpT 19) P3C! TR1R 20) D1D!, D4T 21) P4C, PxP 22) PxP, D5T 23) P5C!, AxP 24) DxD, AxD 25) TxP, TxP 26) P5C, T4R 27) TxP, A4C 28) PxP, AxPA 29) A4D, A5T 30) AxT, PxT 31) A3T, T3A 32) T1C, T4A 33) TTT y el negro abandonó (1-0)(M.M)



Ojos de perro

Rosalba Oxandabarat

La ventana siniestra



Raymond Chandler

En su oficina llena de rúmas de papeles el concejal de la IU Baltazar Caravedo lucía menos seguro que cuando transitaba por el vestíbulo de *El Diario*; ahora, lo sabía perfectamente, cada ciudadano que llegaba a hablarle lo hacía con una queja contra la ineficiencia burocrática, pero viendo llegar a Marlowe los ojos se le iluminaron detrás de las lunas negras de sus anteojos, como si se dijese a sí mismo: ¡Al fin un amigo!

Era un amigo, sin duda, ¡pero de qué laya! En dos años en Lima, a Marlowe se le había contagiado el escepticismo típico peruano y llegaba echando chispas.

¿Qué te ocurre?, dijo Caravedo viéndole la cara congestionada a Marlowe. Algo muy simple, pero que es colectivo, dijo Marlowe. Sucede que hasta 1980 pagaba por agua un promedio de quinientos soles; tú sabes que los yanquis somos maniáticos del ahorro y nos damos cuenta que el agua es un bien común, así como soy medio plomero, o gasfitero como dicen ustedes, o fontanero como sostienen los españoles, estoy alerta y cada que hay un pequeño escape de una gotita corro a arreglarla, así que no me van a venir con el cuento de la fuga del agua. Caravedo miraba con ojos desorbitados, pero en religioso silencio.

Curiosamente, Marlowe no prendió ningún cigarrillo en su perorata; finalmente remató: de pronto los recibos me empezaron a venir por cinco mil y seis mil soles, me fui a quejar a la avenida Anca y me mandaron a Surquillo, vinieron luego a ver el medidor y resulta que estaba malogrado, pero correspondía a otra dependencia componerlo, busqué esa dependencia y me mandaron al desvío, con el clásico cuento de venga usted mañana y así se pa-

san los días y los meses, y yo no tengo tiempo para reclamar a una compañía de fantasmas. Pero algo ha mejorado, desde que se llama SEDAPAL, dijo el concejal izquierdista. ¡Que te lo crea tu abuelita!, dijo Marlowe, mejor estaba cuando era ESAL y mucho mejor, según dice una vecina, antes, cuando simplemente se llamaba Agua Potable de Lima, que es como debe llamarse de verdad. Para remate, desde hace un año me cortan el agua por las noches, y desde hace una semana a cualquiera hora del día o de la noche; pago diez veces más que hace dos años y tengo menos de la mitad de agua; eso se llama robo aquí o en Sebastopol. Sí, concedió Baltazar Caravedo, pero tendrás que admitir que los concejales de izquierda estamos muy diligentes en el cumplimiento de nuestras obligaciones. Bueno, cuéntame lo que tú haces, comentó con displicencia Marlowe, saliendo de su cólera. Tomó aliento Caravedo y respondió: Estoy filmando un corto sobre las necesidades de agua en Lima. Humm, musitó Marlowe, más les valdría a los limeños que se filmen otras películas y que haya agua en los barrios populares. ¡Agua ahora y no el año dos mil! ¡Sé que hay gentes que a propósito inutilizan los medidores, para cobrar más, al tuntún!



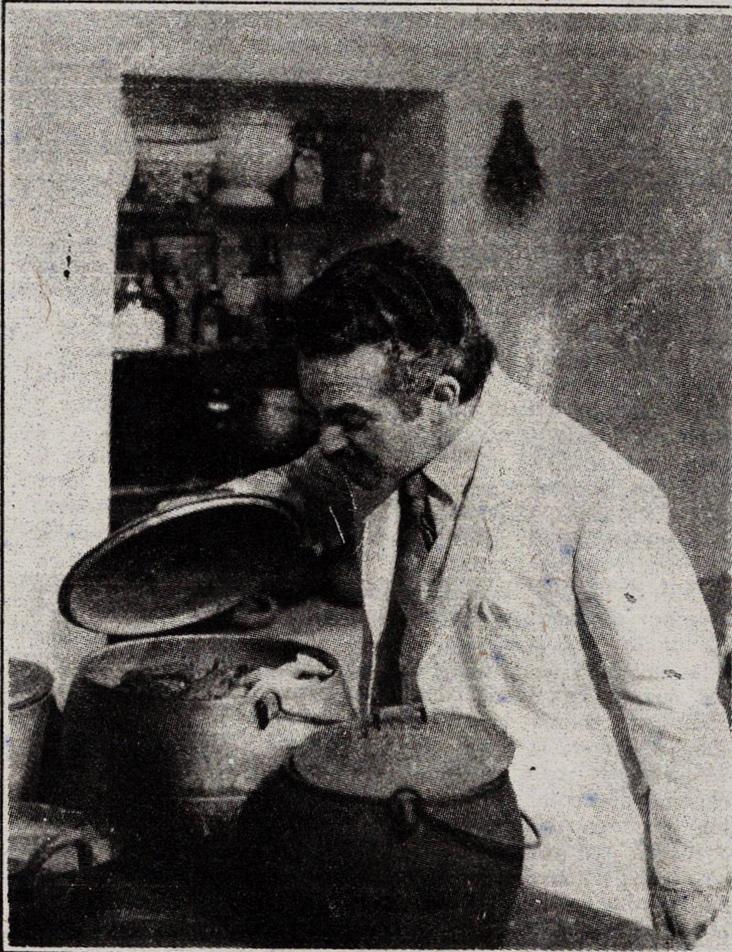
Con *Ojos de perro*, Alberto Durant retoma la línea seguida por Federico García en el largometraje con *Kuntur Wachana*, jalonada por algunos —escasos— cortos donde destacan el *Mariátegui* de Rodolfo Pereira y *Once años decisivos*, creación colectiva propiciada por el CIDIAC. El cine político, o, mejor que eso, el cine que se ocupa en rescatar para la pantalla acontecimientos históricos centrados en el movimiento popular en diferentes instancias. Demás está señalar la importancia de esta tendencia, en el complejo camino de buscar las vías para un cine nacional que, a diferencia de lo que sucede en los países donde el cine se ha desarrollado como una rentable industria, debe buscar sus definiciones en el terreno de la expresión popular —cultural, política, social— auténtica, so pena de resultar absolutamente innecesario. En efecto, el cine industrial, el que se asienta en estructuras productivas y comerciales perfectamente aceptadas, está prácticamente copado por los países desarrollados, y aun esto es mucho decir, si se piensa en las muchas dificultades que enfrenta, por ejemplo, el cine europeo, sostenido en varios países por la promoción estatal o semiestatal, ya que sus solas fuerzas le impiden competir con posibilidades con el cine americano, el único —posiblemente con el hindú, de infimas condiciones— que parece

gozar de buena salud. El cine pobre de los países pobres sólo encuentra así la legitimidad cuando se vuelve expresión imprescindible, fuertemente enraizada en la múltiple búsqueda de una identidad y una formulación colectiva, puesto que competir con Hollywood en el terreno del entretenimiento y la evasión resulta prácticamente —nunca nada es absoluto y ahí está Sonia Braga para probarlo— imposible.

Ojos de perro se sitúa así donde debe situarse, y éste es su primer tanto a favor. El cine más o menos populista de "entendimiento criollo" que se ha tanteado en algunos largos, especialmente los compuestos por medimetrajes (*Cuentos inmorales*, *Aventuras prohibidas*) tiene límites no demasiado flexibles, a menos que se logre profundizar en tópicos trascendentes expresables por acontecimientos cotidianos, como lograra, por ejemplo, Francisco Lombardi con su episodio dentro de *Cuentos inmorales*. *Ojos de perro* trata de la formación de un sindicato obrero—campesino en una hacienda azucarera, a instancias del trabajo de un "agitador" llegado justamente con ese fin; el desarrollo de una lucha, la obtención de algunas reivindicaciones y la posterior derrota por obra de la represión. Hasta aquí el tema: hay cincuenta mil maneras de encararlo. Alberto Durant elige obviamente una vía distanciada, exponiendo los hechos de mane-

ra lineal y evitando el acercamiento emocional del espectador. Suponemos que a eso se debe la manera en que están hiladas las secuencias, que evitan que el relato crezca y alcance momentos de definición preponderante a partir de los cuales se definan las demás situaciones. Pero el resultado es desconcertante. Si se piensa que el meollo de un tema tal sería, o debería ser, la lucha de los trabajadores, encontramos que ésta está expuesta con una brevedad más que sintética, y en cambio se alargan situaciones subsidiarias. Medido en tiempo cinematográfico, la llegada de Pablo a la hacienda, o su relación amorosa con la hija de su mentor espiritual-político, ocupan minutos desmedidos en relación con los que insume, por ejemplo, la declaración de la huelga, la resistencia y el triunfo de los trabajadores. Ahora bien, como la relación amorosa no tiene más utilidad que la de aparecer —¿por qué?— que da la sensación de que la lucha en sí es apenas el prolegómeno de algo que debería suceder después, y no sucede. En este sentido, la película adolece de un "aire de introducción" y que después se vertebrará realmente el relato. Este nos parece el defecto fundamental de esta película y que seguramente emana de la búsqueda de un estilo propio sin tener en cuenta que, con la excepción excepcionalísima de algunos genios como Orson Welles, el estilo es producto de la decantación y la madurez (cosa que, naturalmente, nuestro cine no puede por ahora darse el lujo de permitirse). El trazo de personajes, curiosamente, resulta mucho más efectivo en los secundarios que en los principales. El obrero llamado Bakunin, *Ojos de perro* o el alemán de la carcocha quedan perfectamente definidos en sus apariciones, a veces muy breves, lo que no sucede con el sobrecargado hacendado de José María Salcedo, o el rígido intelectual anarquista de Ricardo Blume. Este desbalance se corresponde a nuestro juicio con el existente en la valoración del relato total, donde las secuencias aisladas parecen tener más coherencia en sí mismas que en el conjunto. Hay, sin embargo, en este conjunto una búsqueda que posiblemente en otras condiciones hubiera dado el fruto logrado que la empresa, el tema y el esfuerzo se merecen. Esas otras condiciones son el reverso del entrapamiento que hoy tiene el cine peruano reducido a la peor de las crisis: la crisis silenciosa. El camino explorado por Durant podría rendir logros apreciables con la sola condición de no interrumpirse como, hasta ahora, ha sido de rigor en este país para todos los cineastas.

José María Salcedo en "Ojos de perro", filme de Alberto Durant.




 Junto con los conquistadores, los caballos y los toros irrumpieron con violencia en la cultura andina. Testimonio de una derrota estos poderosos animales se transfiguraron y pasaron de manos del vencedor a manos del vencido. Lo que decimos es a la vez una comprobación y una hipótesis. Abundan en nuestro arte actual toros y caballos de arcilla que debemos atribuir a la presencia española del XVI puesto que en el Perú no los hubo antes de la Conquista ya que el paleocaballo de Junín desapareció antes de que la gente se especializara en cazar cérvidos y camélidos.

Durante años todos hemos buscado, por eso, el primer caballo o el primer toro (algo así como el ilusorio Eslabón Perdido), tal como fueron modelados por quienes los vieron al comienzo, durante ese terrible *Pachacútec* que fue la Conquista española. Pero la arcilla es todavía más frágil que el tejido; es tierra a la que el fuego apenas si confiere una duración precaria.

El primer toro creí encontrarlo en 1965 viajando por la chacras de Chumbivilcas, cerca del cacicazgo de Túpac Amaru. En realidad, no supe que éste era el primer toro o un pariente cercano hasta que José María Arguedas lo miró y me dijo: "éste es un Dios". Este Toro-Apu, hoy día en el Museo de San Marcos, no tiene patas sino la base plana y es un compromiso formal y funcional entre la conopa andina de piedra consagrada al auquénido y el toro mediterráneo.

Así también como ese toro-dios, este caballo es una síntesis de numerosos factores culturales. Representa un caballo sin montura cuyo pequeño jinete es un indio a pelo. Su color negro es Chimú y resultante de una tecnología muy antigua en la costa norte del Perú, que evoca a la cerámica Lambayeque y se inspira en lo Chavín y otras culturas del Formativo Andino. El procedimiento para conseguir ese color es relativamente sencillo: evitar la oxidación de la mezcla (en este caso, arcilla roja) al reducir la atmósfera de cocción en un horno cerrado. Sus dimensiones (diagrama 1) corresponden a la fase Inca norteña. Pero hay también algunas pérdidas o sustituciones. Por lo pronto esta figura no se encuentra asociada ni al estribo ni al asa puente; o al cuerpo de una vasija. Este caba-

El primer caballo andino

Pablo Macera

Quizás éste sea el caballo en cerámica más viejo del Perú. Parece haber sido hecho en la primera mitad del siglo XVI por algún ceramista de la costa norte peruana que trabajó entre Chiclayo y Trujillo, es decir en pleno territorio Chimú. De ser así este cerámico resulta anterior a los dibujos sobre caballos que el artista-historiador Huamán Poma hizo a fines de ese mismo siglo XVI.



llo prescinde de toda función utilitaria cotidiana aparente o real. Ha sido planteado como un hecho aislado, para que fuese todavía más visible su rol simbólico.

Para evitar la deformación o rotura de la arcilla el ceramista indio perforó el cuello a fin de permitir que la columna de aire ventilara y refrescara todo el cuerpo del caballo. Asimismo, para darle mayor solidez a una escultura que, como se ha dicho, carecía de los soportes tradicionales de una vasija Chimú, el artista se vio obligado a unir las patas del caballo mediante dos listones. La franqueza de ese procedimiento es casi ostentosa, pero ignoramos

con qué fin.

El arqueólogo Daniel Morales sugiere a ese propósito, que en vez de un recurso técnico, esos listones representan ligazones con que ha sido maniatado el caballo. El mismo arqueólogo, en un estudio técnico, nos ha sorprendido con la información que esta pieza de cerámica no ha sido integralmente modelada, pues a esta técnica sólo corresponden ciertos accesorios (cuerpo del indio, cola, patas, orejas y sexo del caballo). Mientras que han sido hechas a molde la cara del indio, el cuerpo y la cabeza del caballo. Los efectos del molde no son, sin embargo, evidentes a simple vista en la parte exterior

porque el cerámico fue sometido a un cuidadoso bruñido. En cambio, Morales ha podido percibir las costuras del molde a través del agujero de ventilación. De ser así, ésta no fue una pieza única, sino parte de una serie hasta hoy desaparecida en su totalidad con excepción de este ejemplar. Podríamos, en consecuencia, pensar que estos caballos a molde no celebraban ninguna hazaña individual; sino que, más bien, expresaban necesidades o deseos colectivos.

Al margen de estas cuestiones técnicas, podemos todavía preguntar sobre algunos aspectos no explicados: ¿por qué el ceramista no trató de disimular el agu-

jero de ventilación? Por último, tampoco sabemos por qué cada uno de los ojos del caballo ha sido materia de un diseño diferente.

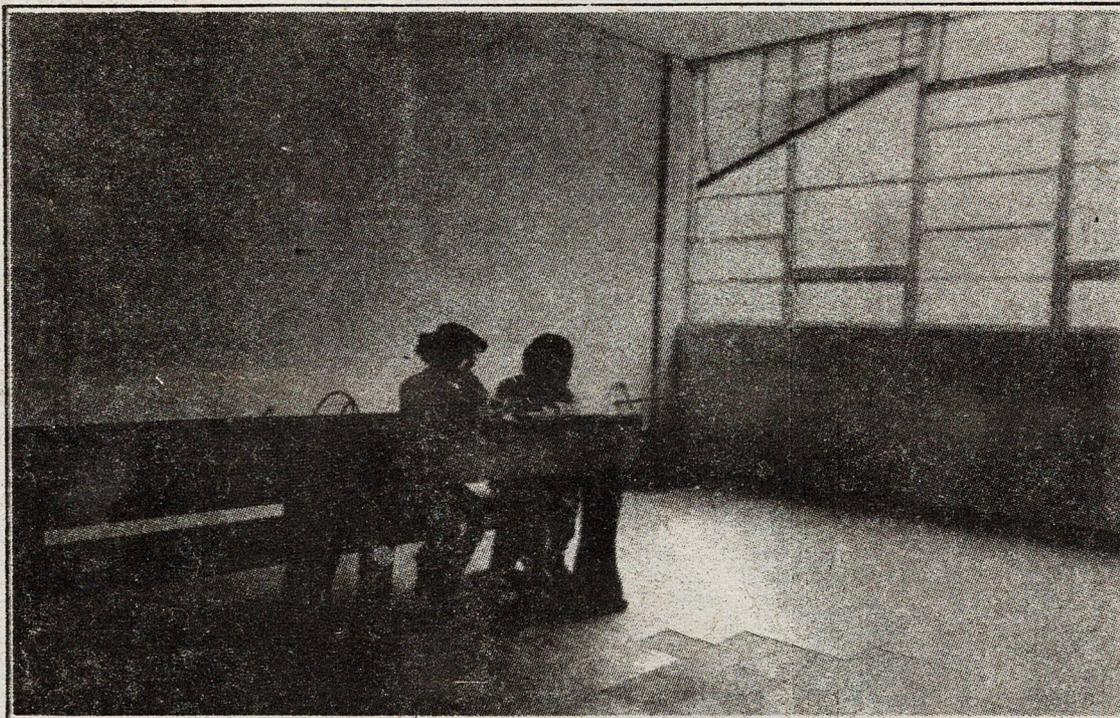
Formalmente, éste es un caballo de batalla; lo indican sus patas arqueadas y el pescuezo recogido para el combate por unas bridas que no aparecen en la cerámica. Pero es también un caballo andino cuya crin no es sólo un pelo trenzado sino que parece una soga de algodón o de cabuya. La reconciliación y el conflicto, a la vez estético, cultural, social, hasta biológico se da en el ojo y el jinete. Los ojos de este caballo son los ojos irritados del animal al que le hincan las espuelas y, al mismo tiempo, jalan sus bridas para que esa doble acción contradictoria enardezca su sangre. Son ojos que no miran ni adelante ni atrás ni de costado; son ojos de ajedrez, crueles y mal dispuestos. Al igual que sus narices que parecen soplar viento en vez de respirar. Tan crueles, en fin, esos ojos como los menudos y amenazadores dientes. Por eso este caballo no debe ser observado desde una altura rostral ni de arriba hacia abajo como si fuéramos sus iguales o estuviéramos muy por encima suyo. A este dios-demonio hay que mirarlo como lo quiso el ceramista: desde abajo en el suelo, como sin duda lo miraron los indios vencidos. Entonces aparece el gran animal en todo su poder.

El jinete tan pequeño, deformado, sin montura, con su cabeza y sus orejas pegado a las crines, podría servir de símbolo para una cultura andina sobrepuesta al gran animal de Occidente y su estatura tan reducida constituye un contrapunto casi satírico. Consignación no objetiva sino emocional del símbolo ajeno más poderoso, esta pieza de cerámica contemporánea de la Conquista fue hecha quizá por alguien que vio pasar a Pizarro por Chiclayo y Chongoyape en dirección a Cajamarca y que, luego, tuvo oportunidad para familiarizarse con la anatomía de este nuevo ser. Como la mayoría del arte andino fue un exorcismo, un modo de expresar hacia afuera la pesadilla interior; es decir de expulsar al fantasma que soñamos, para verlo claro, concreto e individual fuera de nosotros. Así, entonces, empezamos a ponerle riendas al miedo.

Los periodistas y bibliotecarios mendigos

Marco Martos

Las personas ajenas a San Marcos que se toman la molestia de darse una vuelta por la Ciudad Universitaria suelen asombrarse por la miseria en que se encuentran sus locales, la escasez pavorosa de carpetas, para no hablar de la pobreza de las bibliotecas y los laboratorios. San Marcos no paraliza sus labores por puro milagro, y dentro de poco, si sigue por esa pendiente de incuria y abandono, habrá decaído tanto que más valdría cerrarla por un tiempo y reordenarla de cabo a rabo. La nota que sigue, involuntariamente acre, pone en evidencia sólo dos de los múltiples problemas de la universidad más popular del país.



Manuel Vidal

La Escuela Nacional de Bibliotecarios se fundó por iniciativa de Jorge Basadre y empezó a funcionar como dependencia de la Biblioteca Nacional en el cuarto piso del ahora vetusto edificio de la avenida Abancay. A la primera clase asistió el entonces presidente Manuel Prado. Casi todos los bibliotecarios del Perú, que son unos quinientos, han estudiado ahí. Pero en el Perú San Marcos tiene su brillo, y durante varios años los alumnos de bibliotecología y, en menor grado, los profesores estuvieron intentando hacer un convenio con la universidad. En San Marcos tenemos tantos problemas que no resulta conveniente aumentar nuevas carreras. Pero erre con erre, tanto fue el agua al cántaro que al fin en 1980 se firmó un convenio entre el INC y San Marcos y así la antigua Escuela de Bibliotecarios pasó a conformar el Programa Académico de Bibliotecología. Que quede en claro que a San Marcos, la gente de la Biblioteca le vino a pedir y San Marcos dio su venia y su consentimiento, hizo el favor, para ser más claro. En el convenio quedaba especificado que la Biblioteca Nacional "cedía" por dos años el local que la propia escuela había ocupado por más de treinta años. Craso error de las autoridades sanmarquinas porque en ese momento no costaba nada exigir que la cesión fuese perpetua ya que la institución que más se beneficiaba con la formación de buenos bibliotecarios era la Biblioteca Nacional.

Pero no fue ése el único error del convenio: tampoco se dispuso que el personal administrativo de la antigua escuela pasase a la universidad; la escuela tampoco tenía suficientes profesores nombrados: sólo dos pasaron a la universidad. La situación se volvió más negra porque alegremente San Marcos se comprometió a dar un curso de dos semestres para que los antiguos bibliotecarios obtuviesen el título de Licenciados en Bibliotecología; estos cursos también podían seguirlos los alumnos que hubiesen completado ocho semestres aunque no hubieran obtenido el título de bibliotecario. Esta parte del convenio fue absurda porque no sobreebundando los profesores, ponía en igualdad de posibilidades y tal vez de obligaciones a bibliotecarios de mucha experiencia con jóvenes recién egresados. Echase a buscar profesores para profesores no fue tan simple, sobre todo si la carrera era nueva en la universidad. Los casos más saltantes fueron los de María Bonilla, ex directora de la Biblioteca Nacional y Teresa Silva Santesteban, ex directora de estudios de la escuela, que no titubaron en sentarse con sus antiguos alumnos en la misma aula de clases. ¡Los sanmarquinos que de alguna manera tuvimos que ver con el problema las hubiéramos preferido de profesoras y no de alumnas!

1980 fue para San Marcos un año particularmente difícil, porque se cometió el error, que to-

avía estamos pagando, de recibir mucho más alumnos de los aconsejables. A nosotros nos falta de todo, principiando por carpetas, y en el dilema de consolidar o expandir, hemos preferido siempre expandir, a tal punto que ahora apenas si tenemos qué consolidar. Cuando el rector Pons Muzzo dice que cerraremos, hasta ahora ha hablado metafóricamente y así lo ha hecho notar en una intervención televisada al senador Sandro Mariátegui. ¿Cómo me gustaría guiar al senador Mariátegui por los salones sanmarquinos para que vea con sus propios ojos en qué precariedad vivimos! Pero, claro, él tiene siempre cosas más importantes que hacer que visitar San Marcos. Volviendo a Bibliotecología, diré que conforme se fueron pasando los meses, y conociendo bien algunas tradiciones del bibliotecario mendigo Ricardo Palma, que hablan de los plazos que se cumplen cuando se vende el alma al demonio, las personas encargadas del Programa de Biblio-

teología hicimos distintas gestiones dentro de la universidad para que el convenio se prorrogase y nos dejasen ahí por un año más. El vicerrector Gustavo Saco mandó algunos oficios, y después, discretamente, la Biblioteca Nacional nos dijo que no, con poca amabilidad la verdad. Por fin intervino el propio rector Pons Muzzo y en una gestión final invitó a comer al director de la Biblioteca Nacional dos días después de que ya habíamos empezado la mudanza. ¿Mudanza? ¿A dónde?

El actual Programa de Comunicación Social de San Marcos con el nombre de Escuela de Periodismo fue fundado en 1948 por Corpus Barga dentro de la Facultad de Letras. La escuela fue, y es, democrática y pluralista; gente de distinta ideología pero de calidad pareja ha profesado o profesado en sus aulas: Díaz Bravo, Aníbal Quijano, Edmundo Levano... pero en cuanto a infraestructura, Periodismo, ahora Comunicación Social, ha sido y

es la cenicienta de toda la universidad. Por fin se logró el año pasado la aprobación por parte del Consejo Ejecutivo de los presupuestos para terminar el pabellón de Comunicación Social, sin acabados se nos dijo, es decir sin puertas, sin ventanas, sin electricidad y, por supuesto, sin equipo mínimo de televisión ni de radio. Los alumnos y los profesores de Comunicación Social dijeron "bueno pues, porque nada tenemos todo lo buscaremos" y están empeñados en una búsqueda mendicante realmente de todo.

Pero el pabellón en sí, se nos prometió terminar en el mes de marzo. Que quede claro, en San Marcos nunca hasta ahora, los profesores o las autoridades de mando medio nos enteramos del manejo del presupuesto analítico de la universidad, así que nos dicen las cosas de la manera más informal posible y hay que creerlas, ¿qué remedio nos queda? Ni siquiera la delegación estudiantil que participa en el Consejo Ejecutivo se toma el

trabajo de informar a sus bases de cómo se maneja el presupuesto, y en esto no hay derecha o izquierda, absolutamente todos son iguales.

El hecho es que se ha suspendido la construcción del pabellón de Comunicación Social, y las cinco aulas que antes se tenía han sido inutilizadas, de manera que el sueño absurdo de "alojar" ahí a los bibliotecarios se ha ido al tacho de basura, no tenemos pues aulas para unos y para otros; son exactamente 13 promociones en la calle. Se nos ha dicho, la versión es del Dr. César Díaz Tassara, y no hay ninguna razón para ponerla en duda, que en una sesión de Consejo Ejecutivo se aprobó, con el voto favorable de la delegación estudiantil, que se utilizaran los fondos de construcciones (entre ellos el fondo del pabellón de Comunicación Social) en aumentos de empleados y profesores. Lo cual es, por decir lo menos, un craso error. Y como las ocasiones son muy escasas (y ese es un mecanismo de poder que algunos repudiamos) de debatir los asuntos, no me queda más remedio, en nombre de los alumnos y profesores del programa, que sacar este asunto de los linderos de la universidad para que se obre con seriedad no sólo en el futuro sino que se corrija este atropello a los derechos elementales de uno de los 43 programas de la universidad más antigua de América.

Escribo esta nota, amable lector, exactamente una semana antes de que usted la lea. Hoy es pues, domingo cuatro y esta mañana cincuenta mil estudiantes han vuelto a tocar las puertas de San Marcos; siete mil poco más o menos ingresarán a la institución más paupérrima del país, de ellos, cien irán a estudiar a Comunicación Social y cincuenta a Bibliotecología. Desde el primer día sabrán dónde han ido a dar. ¡No tenemos dónde darles clases!

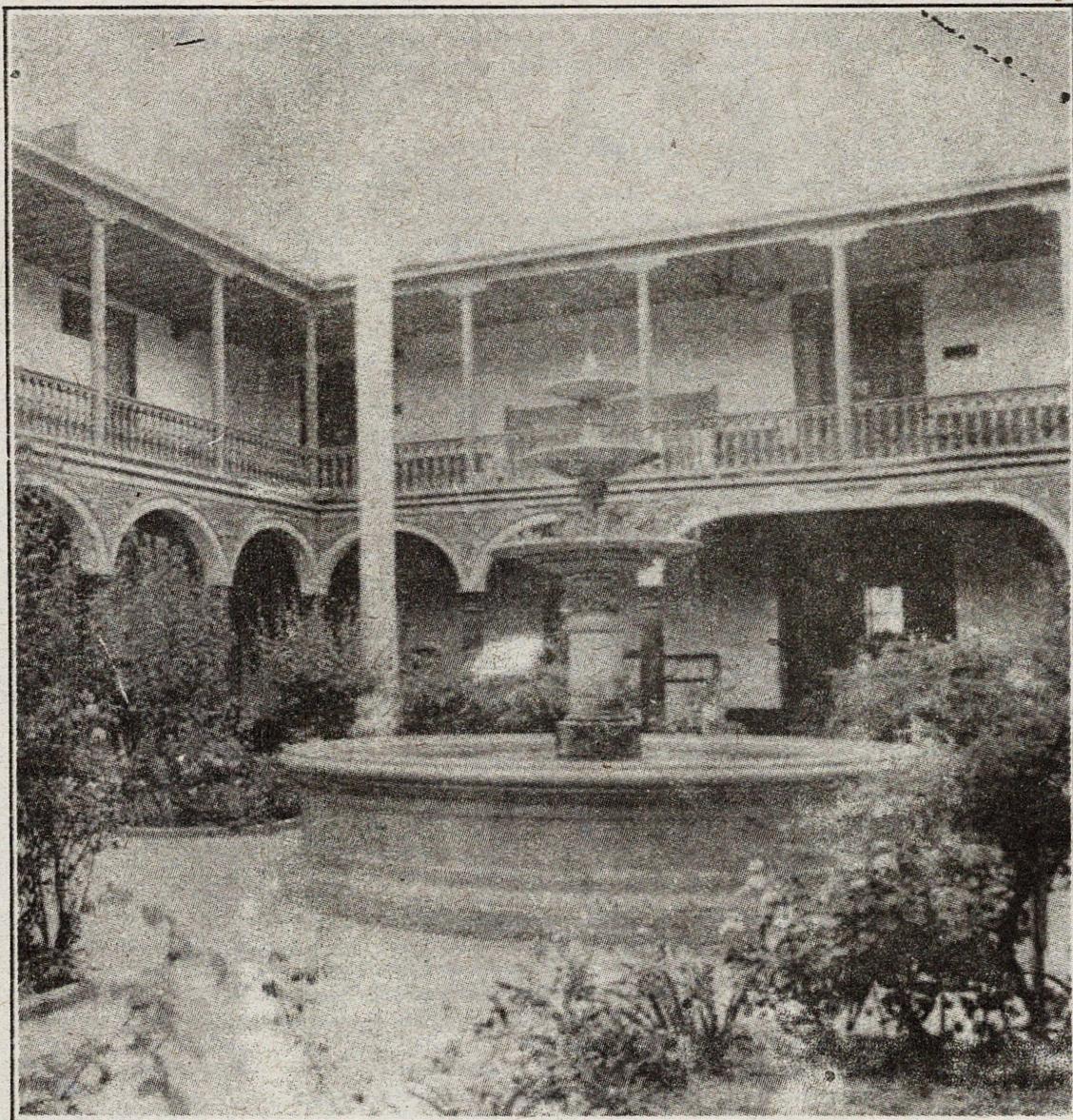
A plazo inmediato quien tiene que resolver el problema es el Consejo Ejecutivo de la Universidad. No es posible que dos programas se queden sin clases, no solamente porque la universidad es pobre entre las pobres, sino por ineficiencia de sus autoridades, pero a mediano plazo la obligación principal es del gobierno central que está en el deber o debería estarlo, no solamente de dar fondos con mayor amplitud a la universidad nacional sino a canalizar la ayuda internacional a las universidades que verdaderamente la necesitan. Con verdadero asombro hemos podido saber que San Marcos es la universidad que menos ayuda internacional recibe...

Pero nosotros, los profesores y alumnos de las áreas de Letras de la Universidad, no vamos a permanecer quietos. Este artículo, que a muchos les puede parecer hepático, no es sino la más descamada verdad. Tocaremos todas las puertas habidas y por haber, para hacer de nuestra universidad, lo que debe ser y alguna vez fue: la mejor de todo el país.

De las crisis universitarias

Washington Delgado

La universidad peruana está en crisis. He aquí una frase que se viene repitiendo corrientemente hace unos doce años, pero que se podría haber usado ya, hace veinticinco o treinta. Esto puede parecer extraño: la palabra "crisis" suele suscitar la idea de algo que está a punto de terminar, para bien o para mal. Se trata de una idea equivocada, como muchas otras que circulan en el mundo actual. Julien Benda, en "La Francia bizantina", hacía notar que las crisis sociales suelen ser largas y que la del Imperio Romano, por ejemplo, duró varios siglos.



El patio de la Casona.

El propósito de este artículo no es el de discutir, nuevamente, el manido asunto de la crisis universitaria actual, propósito que, por otra parte, sería absolutamente vano, pues todo lo que se diga y razone acerca de la Universidad, por muy elevadamente que se haga, resultará inútil y no valdrá siquiera el papel en que se escriba o la saliva que se gaste. La crisis universitaria tiene raíces muy profundas y ante ella todos los gobiernos, civiles o militares, constitucionales o de facto, populares o impopulares, son radicalmente iguales: lo único que hacen es agrandarla. La política universitaria de nuestros gobiernos, desde hace un buen tiempo se reduce a negar todo auxilio económico a la universidad peruana y a impedir la expedición de una ley que en algo pudiera contribuir a mejorar el estado caótico en que se encuentra.

Mi propósito, lo repito, no es discutir la crisis universitaria, sino, más bien, amenizarla recordando sucesos de otros siglos, tomados de aquí y de allá, de los libros de Barreda y Laos, Lastres, Prado, y Valdizán acerca de la vida intelectual y científica en la Colonia. Actualmente, son muchas las universidades nacionales. Antaño, la única universidad era la de San Marcos y siguió siéndola por excelencia cuando ya habían surgido algunas otras en el ámbito peruano. Fundada en el siglo XVI, casi desde su nacimiento sufrió contratiempos diversos y en el siglo XVII, sus problemas llegaron a constituir una crisis, semejante a la de hoy en muchos puntos. Tempranamente, la Universidad de San Marcos languideció por falta de auxilios económicos suficientes, lo mismo que ahora, y sufrió la competencia no de las universidades particulares sino de los colegios conventuales. Estos colegios, de diversas órdenes religiosas, se constituyeron como verdaderos centros de enseñanza superior y, prontamente, alcanzaron gran fama y fueron muy solicitados, sobre todo los de los jesuitas, y llegaron a dispensar los grados de pasante, lector, bachiller y licenciado, dejando para la universidad solamente la maestría y el doctorado. El resultado de su número y prestigio creciente fue que los claustros universitarios se vieran abandonados, o poco menos, y que sólo se agitaran, como dice Barreda, con ocasión de algunas ceremonias solemnes, en el recibimiento de virreyes o arzobispos, o por la realización de algún grado de doctor.

También es de anotar, en la colonial historia de nuestra universidad, el régimen y la calidad de los estudios. Actualmente, la mayoría de los postulantes a la universidad se inclinan por las ciencias médicas. En la Colonia se preferían los estudios teológicos y jurídicos. Entre paréntesis, son modas cuya razón no resultaría ocioso discutir y que me propongo analizar en otro artículo, pues me parece que es-

te ande ya muy recargado. Volviendo a la historia, en el siglo XVI, de quince cátedras existentes, nueve eran de materias religiosas, de ciencias sólo había dos de Medicina. Hacia 1637 los doctorados sanmarquinos en Teología, Artes y Leyes llegaban a cien; en Medicina apenas se conocían tres o cuatro doctores que, habiendo estudiado en otras partes, se incorporaron a los claustros sanmarquinos; en cuanto a los alumnos, concurrían a estudiar esta ciencia únicamente un bachiller, un boticario y un barbero, esto último no es de extrañar: los barberos practicaban la cirugía, rama menor y pobre de la Medicina en ese entonces y de cuyo abandono, en la España del siglo XVIII, se lamen-

taba el insigne Feijoo. En cuanto a las otras ciencias, el panorama era aún peor. Solamente en 1678, un siglo después de fundada la Universidad, se estableció la cátedra de Prima de Matemáticas, pero no hubo concurrencia de alumnos y los maestros no tuvieron a quién dictar clases. En el siglo XVIII, las cosas no mejoraron: hacia 1780 había 134 doctores en Teología, 164 en Leyes y sólo existían 4 graduados en la Facultad de Medicina. Años antes, el virrey Améndariz hacía notar en su Memoria que "el número de estudiantes había decrecido de tal modo que había más maestros que discípulos y más doctores que concursantes". Para remediar este abandono y estimular los estudios,

el virrey Amat, quien fue amante no sólo de la Pericholi sino también de las ciencias y las artes, a la manera del ilustrado y cortesano siglo XVIII, dispuso que los caballeros cadetes de la plaza y presidio del Callao y los de las fronteras de Jaaja y Tarma que se matricularan al estudio de las Matemáticas, gozaran de sueldos íntegros, sin rebajas ni descuentos.

Aparte de la pobreza de las cátedras universitarias en cuanto a dotación económica y número de alumnos, se debe recordar que la enseñanza era puramente memorística y escolástica, al menos en sus dos primeros siglos. La ciencia experimental, palanca eficaz y decisiva del desarrollo occidental,

en la época moderna, fue prácticamente desconocida en San Marcos hasta los tiempos de Unanue y el "Mercurio Peruano". Un ejemplo palmario de esta situación se observa en el caso de la doctrina de la circulación sanguínea, que fuera formulada por Harvey en 1628 y que fue ignorada en San Marcos hasta que la hizo conocer un extranjero, el médico italiano Francisco Bottoni, quien en un folleto criticó el atraso de nuestros estudios científicos. "Causa imponderable disgusto —dice— el observar que esta célebre Universidad no haya admitido tan útil doctrina. América resiste tal noticia no por falta de ingenios sino por no sujetarse al yugo de la experiencia".

Más graves que la escasez de recursos económicos y la equivocada dirección de los estudios o, acaso, un resultado extremo de estos males, fueron las corruptelas académicas que llegaron a imperar en la universidad. A imitación de lo que ocurría en España, se dispensaban estudios mediante un estipendio para conseguir lo que se llamó "grados de propina". Del mismo modo, las cátedras se distribuían atendiendo más al valimiento de las personas que a sus méritos académicos. Estos abusos llegaron a tanto que el virrey Villagarcía ordenó al rector de San Marcos que no se concedieran grados de mera gracia y que las cátedras se proveyesen por oposición. Pero más fuerza que las órdenes gubernamentales tuvo la vindicta pública expresada en sátiras de punzante y acre humor. En 1788, cuando se graduó de doctor el teniente coronel de los ejércitos monárquicos Jorge Escobedo, gracias a la intervención del rector conde de Portillo, la intelectualidad joven que acompañó al graduando hasta su casa, le cantó este vitor empaloznador:

*Si en Roma el emperador
Calígula, a su mano
declaró censor romano
a su casa mandador,
no es de admirar que el rector
por su sola autoridad,
como quien se tira un pedo,
haya hecho miembro a
Escobedo
de aquesta Universidad.*

La acción inmediatamente eficaz de la literatura en el desarrollo de la sociedad es algo seguramente discutible. Pero lo cierto es que a fines del siglo XVIII la Universidad de San Marcos empezó a salir del marasmo en que había vivido durante más de un siglo.

¿Cuándo aparecerá el nuevo coplero universitario que ponga en solfa a las autoridades gubernamentales de hoy que se ensañan estrangulando a moribunda universidad peruana? Tengo para mí, de una manera absurda, lo confieso, que su aparición resultaría más eficiente que los actuales Parlamentos y sus posibles leyes.

Crónica de una impostura

Mito Tumi

Para los primeros días de enero de 1979 —9, 10 y 11, para ser exactos— las centrales sindicales convocaron a la realización de un paro nacional. En medio de la efervescencia y la tensión propias del acontecimiento, un poeta fatigaba su brazo repartiendo entre los asistentes poco sobrios del bar "Wonny" las hojas mimeografiadas de un largo poema pomposamente titulado "Alabanza del exitoso paro nacional del 9, 10 y 11 de enero". Pomposa y ucrónicamente, pues esa noche era la víspera del inicio del paro, y éste, todos lo sabemos, fue un fracaso. El hecho, no obstante sus matices de farsa, sirve para graficar con claridad los excesos y equivocaciones en los que el quehacer poético en nuestro país se vio envuelto en el último quinquenio.

ciones). Ni la lucha de clases ni el tono político aparecían explícita y claramente en sus textos, excepto vagas referencias a un Sistema que criticaban pero que tendría que ser demolido por otros, y una que otra cita que aludía a Marcuse o a Mayo 68. (Existían poetas "sociales" y grupos autodenominados "proletarios", que siempre los ha habido, y poetas de extracción popular aunque sin mayor trascendencia. Definitivamente, ellos no marcaban la tónica). Es recién a partir de 1977 que los poetas inician una loca carrera para alcanzar el carro de la Historia. De paso, confirmarían que en épocas de crisis florece la subliteratura.

La aproximación a las masas fue espacial antes que ideológica. Los poetas comienzan entonces a acudir a las plazas donde se realizaban mítines de izquierda y a merodear tímidamente los locales de los partidos. Pronto se animarían a cruzar el umbral y a vincularse superficialmente con las comisiones de cultura de la UDP, el FOCEP o más tarde, el UNIR. Finalmente, de la sombra saltarían a la luz y a los roles, si no protagonistas ("el papel del poeta es otro", decían con solemne comodidad), por lo menos visibles, de los actos públicos. No hubo mitin o comunicado en el que no aparecieran los poetas en racimo. Uno de ellos, tal vez el más audaz, hasta llegó a arañar un escaño en las elecciones para la Constituyente. Otros, más modestos, se contentaron con ser entronizados por Genaro Ledesma, en sencilla pero significativa ceremonia realizada en un hotel del Jirón de la Unión, como poetas de izquierda (borrosamente, recuerdo los detalles: después de una breve presentación, el poeta pronunciaba incendiarias palabras contra los explotadores y la Junta Militar, leía poemas aún más flamígeros y, finalmente, soportaba el abrazo aprobatorio del dirigente político y representante de las masas, cuya opinión era la única que contaba). Mientras tanto, los obreros bloqueaban las pistas en la madrugada, se enfrentaban a las tanquetas, tomaban las fábricas

y eran masacrados: "Cromotex" y sus muertos le daban al poeta la oportunidad de ampliar el corpus de la poesía elegíaca.

A la par que se exhumaban las simplistas tesis del Foro de Yennán y los poco recomendables planteamientos del realismo socialista, se constituían grupos en cuyos nombres aparecía por algún lado la fecha mágica del 19 de julio; el cartoncillo, el mimeógrafo y la serigrafía alumbraron docenas de revistas y afiches en los que los nuevos poetas de izquierda publicaban sus poemas; algunos —y no precisamente porque estuvieran convencidos de que su voz era la de la masa anónima, sino por pudor— lo hacían con seudónimos quechuas y aymaras; para completar el panorama, los poetas se dieron maña para formar un frente de trabajadores de la literatura; de este modo, se soslayaba el eterno problema del poeta pequeño burgués: la militancia.

POESIA Y POLITICA

Las relaciones entre poesía y política son ya bastante complejas como para pretender agotarlas o llegar a conclusiones definitivas en una nota periodística. Es conveniente, sin embargo, hacer algunas precisiones. Aparte de la generalización fácil de que en todo texto subyace una visión del mundo —que por lo demás, es verdad—, existe un tipo de poesía que es abiertamente política en el sentido de que participa, a su modo, de las acciones emprendidas por determinados grupos sociales para modificar una situación dada. Para el poeta se plantea entonces un problema ético antes que específicamente literario. El dilema está entre optar por los valores que se consideran positivos, como Libertad, Justicia, etcétera, e incorporarlos como ejes de su temática, o soslayarlos y desentenderse totalmente de ellos. Para la revolución, lo que cuenta es la opción del poeta; para la poesía, esta opción no debería contar pues cualquiera que sea la actitud política del autor ésta de ningún modo garantiza que el producto literario que elabora sea óptimo

desde el punto de vista estético (hay, por supuesto, problemas valorativos más complicados que no vamos a tocar). Pese a todo, siempre ha existido y existirán poetas que tratarán de vincular su poesía con la práctica política, y ése es un derecho que no se cuestiona.

Para los efectos de esta nota, lo que interesa es el hecho de que a partir de 1977, junto con un ascenso notorio de las luchas populares y de los partidos de izquierda, se da también la masiva incorporación de poetas de la clase media y aun de la burguesía a esas luchas a través de sus textos; concluido el auge, esos poetas y su poética de entonces han hecho mutis por el foro (junto a ellos, y antes que ellos, existían poetas de extracción popular que escribían desde una posición de izquierda y que continuaban haciéndolo, más allá de flujos y reflujos; lamentablemente, su impericia formal y su técnica rudimentaria han conspirado en su contra).

Hubo una aproximación de los poetas hacia la izquierda y ahora ya no la hay. Tal vez el hecho de que este acercamiento haya sido más emocional que ideológico explique el actual distanciamiento, aunque algunos hubo que se radicalizaron de veras y aún continúan en las filas de la izquierda. Otros asumieron honesta y sinceramente este compromiso, pero la mayor parte de ellos, por su extracción social, lo hizo para resolver —o creyendo resolver— de este modo sus angustias personales de creadores. En realidad, su incorporación a la lucha política fue periférica y oportunista, más allá de poses y desgarramientos en escena o en la propia escritura, y durante algún tiempo creyeron que estaban en la cresta de la ola y de la Historia. Pero las funciones de teatro también terminan y los actores olvidan pronto los libretos, incluso si ellos mismos los han escrito.

Desde el punto de vista de la eficacia política, los resultados fueron pobres. Los poetas se plegaron a los partidos y frentes de izquierda pero sin militar. Fueron solamente compañeros de ruta, pues la militancia implicaba

otras tareas y riesgos y aun el abandono del cómodo estatus de poeta. Pero éste es un tema cuyo análisis corresponde a los políticos. Ahora, en pleno reflujó político de la izquierda, los partidos que consintieron a los poetas y a sus comisiones de cultura se han olvidado del asunto. Tal vez así sea mejor para la literatura.

De la actividad política, sólo los mítines; de las luchas de los trabajadores, sólo el recital de fin de semana en el local sindical. Hasta esos lugares llegaron los poetas para atenuar su mala conciencia, pero la poesía jamás los acompañó.

En la práctica, se repitió de algún modo una antigua y cancelada polémica entre dos clases de poesía: la mal llamada "pura" y la "social", aunque sin que hubiese una confrontación directa. La tónica predominante fue la poesía que no hacía ningún esfuerzo para evitar rebajarse hasta el panfleto. Sería tedioso explayarse en los giros y el lenguaje que dieron cuerpo a la retórica de esos años; basta mencionar que casi no hubo (y el casi neutraliza cualquier posible exageración de mi parte) poeta que no se sintiera tentado a hablar del paro —cualquier paro— o de una de sus tantas víctimas, o autor ciudadano que no mencionara en su poema *antaras* o *zampoñas*, instrumentos a los que sólo había visto de lejos en "Hatchay". Inclusive, poetas notables, que no pudieron resistir la presión del medio que hacía sentir la obligación de cantar sólo las luchas populares, se animaron a escribir un poema protestando contra el alza del precio del pescado. Abundaron, igualmente, explicaciones y razones poéticas para *comprometarse con la huelga* y, en fin, poemas apropiados para cada coyuntura.

El balance es desolador. Hubo un auge y luego un reflujó de las luchas populares que tuvieron, ciertamente, causas extraliterarias. Hubo también en esos años una abundante producción poética de la que no ha quedado nada notable. Esos versos de coyuntura, aparte de no hacer ninguna contribución a la literatura, tampoco aportaron a la lucha política, demostrando nuevamente que la función de la poesía no marcha por ese camino (paradójicamente, los mayores logros poéticos de los últimos años se dieron en la vertiente no politizada).

Los tiempos cambian y los poetas también. Los revolucionarios de ayer ya no están en la plaza pública ni en el sindicato ni en el recital del partido. La mayoría ha vuelto a su poesía personal de antes, en la que están ausentes los conflictos de clases; otros continúan terca y sus recitales de poesía "comprometida", pero esta vez el público es el de Miraflores o los turistas e intelectuales que acuden los martes a las peñas folklóricas del centro de Lima a escuchar poesía. Y esto no es una crítica sino apenas una melancólica y resignada constatación.



Se ha repetido, más como una esperanza que como una realidad, que el paro nacional del 19 de julio de 1977 constituyó un hito en el desarrollo de la poesía peruana pues su realización exitosa y el evidente auge de las luchas populares que representaba selló con su impronta y radicalizó a los poetas, quienes se vieron obligados a optar en medio de una situación social y política crecientemente polarizada.

Los hechos son tan cercanos que es fácil recordarlos. Velasco Alvarado fue defenestrado de Palacio en 1975 y reemplazado por Morales Bermúdez. En 1977, la población, especialmente los estratos más pobres, sentía cada día con más fuerza los efectos de la crisis económica y los "paquetes" sucesivos del régimen. Los partidos de la izquierda y los trabajadores organizados en los sindicatos se aprestaron para la lucha. Así, ante la presión de las bases, la dirección de la CGTP debió abandonar su tradicional papel de contención de las demandas populares y convocó el paro de julio de 1977. Vendrían luego la convocatoria a elecciones para elegir una Asamblea Constituyente; la formación de la UDP y otros frentes políticos; un nuevo y exitoso paro nacional en mayo de 1978, esta vez de dos días; la deportación de candidatos y la abrumadora votación a favor de la izquierda en las elecciones de ese año; grandes acciones de los maestros, mineros y trabajadores estatales; las primeras derrotas y la posterior declinación de esas luchas; las casi esperpénticas pugnas entre los dirigentes de la izquierda y el fracaso de la ARI, y, finalmente, el triunfo de la moda "retro" con Belaúnde. Estos hechos, que deberán ser analizados con propiedad y rigor por los científicos sociales, configuran el marco en el que los poetas peruanos, especialmente los jóvenes, desarrollaron su trabajo en los años que corren entre 1977 y 1982.

EL CARRO DE LA HISTORIA

Hubo, es cierto, lo que en lenguaje político se llama auge de las luchas populares. Sin embargo, ¿hubo también un auge de la poesía?

Por esos días se hicieron famosos los anafóricos y previsibles versos de "La rosa sutepista" y se recitaba, con mucha razón aunque con poca poesía, que "ser maestro en el Perú era también una forma de morir". Igual se hubiera podido afirmar que ser poeta en el Perú era también ser de izquierda.

Salvo contados casos, los poetas de esa época no militaban ni eran revolucionarios. Eran, a lo sumo, progresistas (para usar la distinción hecha por un historiador). Su actitud había sido de simples espectadores de la realidad y sus temas solían ser tomados de la contemplación, la soledad, la experiencia amorosa y, más recientemente, de su experiencia ciudadana y cantinera (hablo de temas, no de realiza-



El divorcio en nuestro país existe desde hace casi medio siglo, la novedad es el número creciente de separaciones en un período que no tiene más de diez años. Intentar una síntesis de las causas podría llevarnos a reproducir infinitesimalmente variantes individuales; quizá lo más factible puede ser encontrar algunas coincidencias, sin la intención, claro está, de agotar el tema en estas pocas líneas.

Hasta la década de los setenta, si una muchacha de la burguesía o la pequeña burguesía no tenía novio, "enamorado consentido" o cualquier otra historia que denotara compromiso matrimonial en cierne, entonces se estaba "quedando". La presión por el matrimonio juvenil era de tal naturaleza, que ya la *sabiduría popular* había acuñado un sinnúmero de frases para las mujeres que —a los 28 años, por ejemplo— no tenían matrimonio en perspectiva: la *jamona*, la que se está pasando, la que huele para vestir santos, etc.

Difícil era sustraerse a esas presiones constantes, que eran alimentadas por los padres (la madre, en concreto), las amigas del colegio que ya se casaban y/o toda la parentela. Las estadísticas en el Perú señalan que la edad promedio del primer compromiso marital son los 18 años; existen variables que reducen o aumentan esa edad: las mujeres con secundaria completa o educación superior, en las ciudades grandes del país, alargan su posibilidad de vida célibe, dos años más.

Veinte años. Los que ya los pasamos nos damos cuenta que a esa edad era imposible tomar seriamente la opción definitiva de "hasta que la muerte nos separe"; se ha vivido tan poco que resulta fatuo sellar alianzas que se publicitan como eternas. Y las buenas intenciones deben haber sido innumerables —entre ellas, el enamoramiento— pero esa etapa de la vida es para hombres y mujeres el comienzo del despegue, el discernimiento de las inquietudes, la búsqueda de opciones. ¿Cómo vivir las si el matrimonio muchas veces más que un motor que impulsa es un lastre que se arrastra? Es difícil, más aún cuando los procesos de desarrollo personal de ambos miembros de la pareja pueden ser —nadie lo sabe— divergentes.

EL SI DE LAS NIÑAS

Hace treinta o cuarenta años, una mujer de la pequeña burguesía no tenía más esperanza que un matrimonio favorable— en términos sociales y económicos— que le permitiera ser una diligente esposa y abnegada madre. Su equipamiento para la vida consistía en un himen intacto, educación religiosa sólida y afinado manejo doméstico. El matrimonio era un seguro completo contra robos, incendios y muertes súbitas; la soltería, un desastre familiar y personal que la condenaba a estar arrumbada con algún pariente, a medida que los años

Hasta que el divorcio nos separe

Maruja Barrig

Hace tanto tiempo que se repite como un estribillo que la pareja está en crisis, que ya casi nadie le da importancia. De pronto aparece una nueva racha de separaciones, algo así como una reacción en cadena que dura algunos meses: comienzan los recuentos de cuántos amigos nuestros se están separando y, junto con los recuentos, las angustias.

la amargaban.

Las cosas cambiaron con los sesentas. En primer lugar, porque las opciones profesionales fueron más nítidas y porque el trabajo asalariado dejó de ser una vergüenza, símbolo de una "mala situación económica", para convertirse en el ejercicio voluntarista de construir una autonomía.

En ese tránsito cayeron también otros tabúes; la virginidad fue uno de ellos; la absoluta dependencia económica respecto al marido fue otra. Pese a esto, las mujeres hace diez años estaban todavía contaminadas del temor a la soltería y llegaron al matrimonio tempranamente. Y fue ahí cuando empezaron los problemas.

Dicen que a los estudios de los abogados son hoy más numerosos los casos de mujeres que llegan con la iniciativa de la separación, espectáculo inconcebible hace algunas décadas. Porque si años atrás las insatisfacciones del matrimonio se cubrían con el manto de la resignación que se arrastraba por parroquias y consultorios médicos (ante la somatización del descontento), ya para estas mujeres, que hoy deben andar entre los 30 y los 40, quedan muchos caminos por explorar.

No fueron—no fuimos— capaces de evadir la presión por el matrimonio temprano, pese a que intuíamos que otras posibilidades quedaban abiertas y entonces, después de la experiencia, quisimos recuperar el tiempo.

No es que los hombres de ahora sean mejores o peores que los de años atrás, son las mujeres las que cambiamos. La relación de pareja que se inició a los veinte es el marco donde aparecen procesos personales posiblemente conflictivos con la relación misma; antes, las mujeres no cambiaban, mejor dicho, no tenían otras direcciones hacia donde encaminar sus inquietudes. La imagen del ama de casa y la madre permanecía estática porque no era cuestionable. Desde hace unos quince años las cosas son diversas.

Además de posibilidades laborales y profesionales, la mujer de la pequeña burguesía tiene hoy otro aliado para sus "inquietudes separatistas": el feminismo. Aun en el caso que muchas se declaren anti-femi-

nuevas alternativas de realización para la mujer, discurso feminista y "malos ejemplos" es sólo uno de los factores que puede ayudarnos a una comprensión global del fenómeno. Existe otro que se relaciona con el primero aunque es mucho más complejo, tiene que ver con la pareja misma, con la dinámica de la relación en una época de cambios constantes como la que vivimos ahora.

El psiquiatra Carlos Alberto Seguin tiene la teoría —explicada largamente en un libro— que amor, sexo y matrimonio son tres elementos que no se encuentran nunca juntos. Puede haber amor con sexo, pero sin matrimonio; esta último con amor, pero sin sexo, etc. Sin embargo, hombres y mujeres nos esforzamos constantemente en el adecuamiento con este esquema idealizado.

Es posible. Los que amamos intentamos ceñirnos vanamente a esta conjunción ideal que quizá, como la de los planetas, se da sólo cada tres siglos. Sin ánimo de exasperar, remitimos cotidianamente a este arquetipo de lo que debe ser la pareja en nuestra cultura occidental es desgastarnos en frustraciones. Y sin embargo, hemos asimilado que el matrimonio o la relación de pareja estable debe fundir una armoniosa vida sexual con el discursivo plácido de la rutina doméstica, la lealtad recíproca, la fidelidad y todas aquellas hermosas cosas que nos leen en el código civil o el eclesiástico.

Y no hay tal. Una relación de pareja está plagada también de contradicciones y conflictos, de aburrimientos y malosentidos, todo eso compensado con nobles sentimientos, a veces. ¿Entonces para qué demandar lo que la relación no puede ser ni dar? Imagino que por este prurito de perfección, de idealización romántica en que no existen ni concesiones ni reproches. Como eso no es así, cuando ese esquema ideal no falla en cualquiera de sus enunciados arquetípicos, cuestionamos primero a nuestra pareja (nunca a nosotros mismos) y luego, a la relación.

Cuando algo falla, y este deterioro se ahonda y horada y llegan los tiempos de hacer un balance, quedan, generalmente, muy pocas energías para repensar el conjunto de los esquemas, parámetros, hábitos y rutinas de la

relación misma. Porque además, esto implica buscar otros referentes para reconstruir la relación y en este mundo, sin *Superman* ni *Wonder Woman*, esa es una aventura ciclópea que resulta difícil de emprender.

Y este proceso de enfrentamiento entre lo que es y lo que creemos que debe ser, no tiene nada de original. Sucede simplemente que hoy los roles sexuales no están tan delimitados como antes, que existe una efectiva confusión —con destellos de lucidez— sobre este tipo de pareja que heredamos y cuyo arquetipo de perfección se nos aleja con cada vuelo del Columbia.

LA IZQUIERDA DESCONCERTADA ¿ACABARA TAMBIEN DIVORCIADA?

Tengo la impresión que esto que los teóricos de los partidos llaman reflujo del movimiento popular, empantanamiento de la izquierda y etcéteras, puede servir de explicación coyuntural de muchos conflictos conyugales, dentro de la militancia de izquierda.

Porque se acabaron las épocas de los paros nacionales —que salían "suave"— y las tanquetas y la represión bajo la dictadura; esa época que se reflejaba tan bien en el semanario *Amauta*. (Y que hizo exclamar a don Jorge Basadre mientras lo hojeaba: "intensa agitación"). Hoy esta izquierda nuestra está en crisis, desgarrada entre las luchas internas, el desconcierto frente al régimen, atenazada con la presencia de Sendero. Está en crisis también un tipo de partido, aquél que reclama militantes heroicos que tengan mujeres ídem y una crisis que, en el campo de la vida personal, también lleva a la ruptura.

En los países nórdicos realizaron una investigación entre los exiliados latinoamericanos y los conflictos en su vida familiar.

Entre las razones de las numerosas separaciones de las parejas se señaló que las distintas situaciones por las que atravesó el matrimonio en el tiempo de la lucha política, momentos de solidaridad y riesgo, afianzaron los vínculos de la pareja. Cuando esto terminó y los militantes comenzaron a congelarse en Suecia o en Dinamarca barriendo las calles o trabajando de obreros, ya no hubo más recursos para ocultar los baches de la incomunicación; esas parejas no tenían nada que decirse y el exilio —que es duro como un largo insomnio, como dijo alguien— los obligaba a estar solos, frente a frente.

Nosotros no somos exiliados, aunque de cierta manera sí estamos atravesando por un largo insomnio, una modorra imprecisa por la que los "tonos" ya no salen bien, los periódicos se leen con las manos y las marchas son cada vez más ralas. La pareja no es una isla. La pareja de izquierda se contagia también de esos vaivenes somnolientos y esos cuestionamientos "a la polaca". Y las lealtades que se abandonan se reflejan también en los senderos que se bifurcan.



nistas, el discurso de ese movimiento puede calar en muchas mujeres y servir de instrumento de análisis, rescatable cuando se trata de evaluar una relación de pareja inequitativa o insatisfactoria. Y éste es un elemento de ruptura, de quiebre de la pareja tradicional, de la vida familiar idealizada.

Es cierto también que el mal ejemplo cunde. Porque si décadas atrás una mujer divorciada estaba mal vista y era sospechosa de orgías y otros descalabros morales, el número creciente de mujeres divorciadas que viven normalmente (?) es mayor. Hasta hace una década, divorciarse era construir todo un estilo de vida al cual uno se acercaba con temor, implicaba un reto en las relaciones interpersonales y un enfrentamiento con la familia y las "parejas felices". Ahora, parecería que las mujeres separadas tienen ya un *sitio*, son muchas más las prójimas con quienes compartir experiencias similares y también las soledades.

LOS SENDEROS QUE SE BIFURCAN

Este primer aspecto que funde



UNIVERSIDAD
DE
LIMA



**LA ESTRUCTURA
DE LA
EXPERIENCIA
HUMANA**

Luis Silva Santisteban G. S.

"En este libro, el autor utiliza conceptos fundamentales de la fenomenología para hacer un análisis interpretativo de la experiencia humana. Dentro del marco de la filosofía husserliana y utilizando determinados aspectos del pensamiento de Heidegger en su primera época, Silva Santisteban expone una serie de ideas haciendo planteamientos que rebasan la ortodoxia fenomenológica y constituyen desarrollos personales, especialmente los de la última parte de la investigación, que aborda el tema de las relaciones interindividuales".

Francisco Miró Quesada C.

De venta en las principales librerías

Pedidos : Publirec S.A., Jr. Huamachuco 1927 - Lima 11, Telf. 233234

Librería



**el
Caballo
rojo**

**TENEMOS TODO
PARA EL ESCOLAR
A LOS MAS
BAJOS PRECIOS**

**REGALOS POR
SU COMPRA**

HORARIOS - MAPAS - LLAVEROS

Av. Nicolás de Piérola 1187
a media cuadra del Parque Universitario

DESCUENTOS A ORGANIZACIONES



R.D.S. 0755-79-ED

**ASOCIACION EDUCATIVA
PROGRAMA 2,000**

ADMISION 1982-83

**PREPARACION
EXCLUSIVA**

**SAN MARCOS
VILLARREAL**

● CONOCIMIENTOS ● APTITUD ACADEMICA

**PREPARACION
ESPECIAL**

**CATOLICA LIMA
PACIFICO R. PALMA
GARCILASO S. MARTIN**

● SIMULACROS DE ADMISION ● SEMINARIOS

INICIO: 15 DE ABRIL

**INFORMES Y MATRICULAS: AV. GARCILASO DE LA VEGA 1318 - 1192 AV. NICOLÁS DE PIÉROLA 146
JR. WASHINGTON 1251 - PASAJE LARRABURRE 186 - MANUEL BONILLA 187 - MIRAFLORES**

TELF.S.: 246104 - 238123